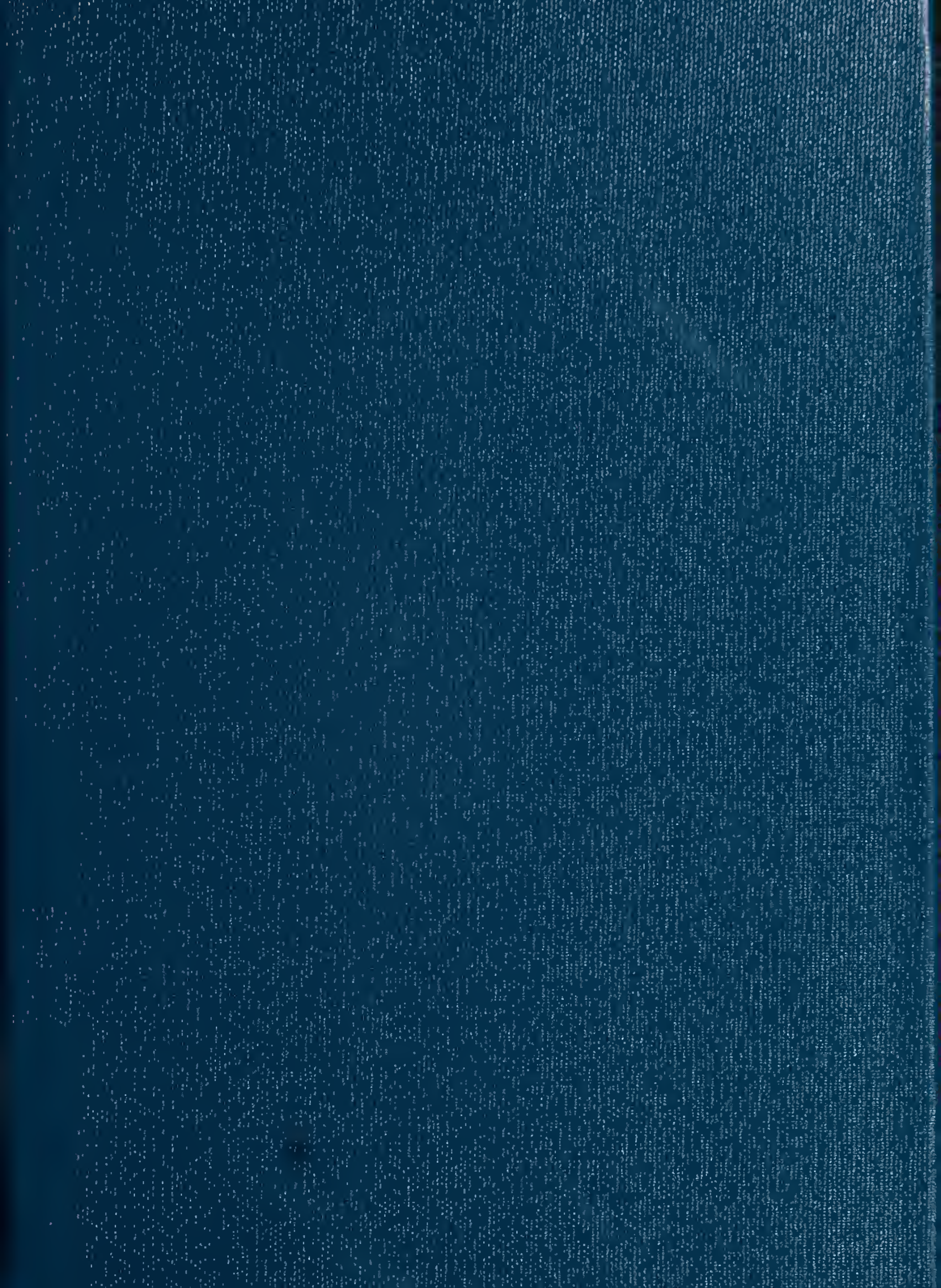
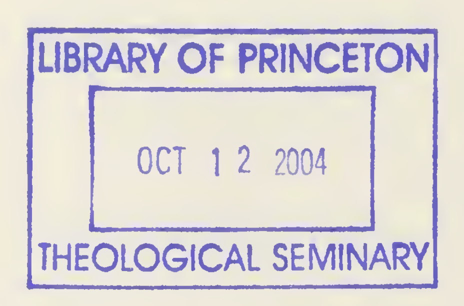




vinculum

VIDA CONSAGRADA

118

vinculum
ORGANO DE LA CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA

AÑO XXII
1974

ABRIL
Y
MAYO

DIRECTOR:

R. P. AGUSTIN OTERO LARGACHA, A. R.

COLABORADORES:

P. RICARDO BARACALDO C. M.F., Licenciado en Teología, Doctor en Sda. Escritura.
P. ALVARO PANQUEVA

P. DARIO RESTREPO, S.J.

P. SALVADOR LOPEZ Sch. P. Sicólogo.
P. HERNANDO URIBE C. D.
P. Liomer Vásquez C. D.

Dirección y Administración: Calle 71 No. 11-14 -- Bogotá

Resp. Mingobierno Lic. 657/53 - Tarifa Postal Reducida
Lic. 26 del M. de Correos y Telg.

Editorial PAX - Bogotá.

SUMARIO

118

PASCUA. FIESTA LATINOAMERICANA

Isidro Pérez S.J.

Pascua cristiana con aire de fiesta. ¡Cristo Resucitó!

Festejamos el paso de la muerte a la vida, la victoria sobre la muerte. Misterio pascual constituído por la muerte y resurrección de Jesús, y que celebramos de una forma especial en la Semana Santa. Es nuestra gran fiesta anual; el acontecimiento más importante para el cristiano.

La Pascua se empezó a celebrar, en la Iglesia primitiva, una vez a la semana, cada domingo: Era el día del Señor Resucitado. De esta pascua semanal, se pasó a la pascua anual. Una gran fiesta anual realizada con gran solemnidad en conmemoración de la muerte y resurrección del Señor, celebrada ya con toda seguridad en la segunda mitad del siglo segundo. Y con la celebración de "Cristo crucificado, sepultado y resucitado" en el siglo V, empezó a surgir la actual Semana Santa. Más adelante, para celebrar mejor estos acontecimientos, surgió el tiempo de la Cuaresma. Y así, poco a poco, fueron celebrándose fiestas como prolongación o preparación de la gran fiesta cristiana: LA PASCUA.

La Pascua reune varios elementos, inseparables, pero que pueden ser intensificados. Y así en la noche del sábado se llega al centro y la cumbre de toda la Semana Santa como celebración del Misterio Pascual.

JUEVES SANTO

"Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Y comenzada la Cena . . ." (Jn 13, 1).

Día del amor. Amor que resume toda la vida de Jesús.

Amor que es unidad. Este es el día de la bendición de los Oleos, signo de vinculación de todos los sacramentos a la Eucaristía, signo de nuestra inserción y pertenencia a una comunidad que cree en Cristo, signo también de la unidad de la Iglesia en torno al Obispo.

Amor que es servicio, significado este día en el lavatorio de los pies.

Amor que es entrega, vivida en una comunidad. Es el día en que se conmemora la institución de la Eucaristía. Es el día del memorial de la Nueva Pascua y de la Nueva Alianza. Porque, así como en la Pascua Antigua judía se inmolaba y comía el cordero pascual, conmemorando el Exodo (salida de Egipto) que liberó a los israelitas de la servidumbre egipcia; así los fieles cristianos en la comunión de su Señor, verdadero Cordero Pascual, se asocian a su muerte y resurrección, liberándose del pecado y de la muerte. Y también, así como en el Antiguo Testamento existió una Alianza, en la cual Dios introdujo un pueblo en la familiaridad de su presencia, por medio de una ley, un mediador, un sacrificio (Ex 24, 1ss); así en el Nuevo Testamento tenemos la Nueva Alianza, que es el mismo Cristo, que promulga su mandato de amor, realiza su rito sacrificial en la muerte. Esta nueva alianza implica la presencia de Dios en medio de los hombres.

Amor que es presencia. Presencia en la Eucaristía continuada por la institución del sacerdocio, cuya conmemoración se celebra en este día.

Eucaristía, Sacerdocio, Caridad, forman el núcleo fundamental en la celebración del Jueves Santo.

VIERNES SANTO

"Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte, y a una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre" (Flp. 2, 8-9).

Cruz como signo de dolor, de amor, de victoria y salvación. Cristo muere en una cruz para vivir. ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria? (Lc. 24, 26).

Es el día de la celebración de la pasión del Señor. Todas las ceremonias litúrgicas se centran sobre este hecho.

La liturgia de la Palabra nos da el sentido que tiene la Pasión: Dolor, muerte . . . para victoria, salvación, esperanza. Por eso, después de las lecturas vienen las oraciones solemnes por las grandes intenciones de la Iglesia. Es el ejercicio de ese sacerdocio que brota de la cruz de Cristo, y están apoyadas en la mediación de Cristo.

Terminada la gran plegaria sacerdotal, se procede a la solemne adoración de la cruz, signo de la victoria sobre el mal, signo del amor llevado hasta el extremo.

Pero estas ceremonias están preanunciando el gran acontecimiento: La Resurrección.

"Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo, pero si muere da mucho fruto." (Jn 12, 24).

SABADO SANTO

"La muerte ha sido devorada en la victoria . . . Pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo! " (1 Cor 15,54.57).

Una nueva luz surge en las tinieblas, por eso la Liturgia de la Vigilia Pascual comienza con el rito de la luz. El Cirio Pascual, que representa a Cristo, va comunicando la luz, como fuego nuevo, a los demás cirios. La luz nos viene del Cirio; la salvación nos viene de Cristo. Luz de Cristo que conduce nuestro camino, como lo celebramos en la procesión solemne de la luz. Esta gran marcha de la luz, termina con la aclamación de alegría: "Exulten por fin . . . Goce también la tierra . . . Alégrese también nuestra madre Iglesia . . . "

En la liturgia de la Palabra se nos presenta toda la obra de la redención en forma sintética: Nuestra historia de salvación. Resuena entre estas lecturas el gran acontecimiento: "Por qué buscan entre los muertos al que vive? " (Lc 24, 5).

Nuestra inserción consciente en esta historia de salvación por el bautismo, constituye la siguiente celebración en este día, en la Liturgia bautismal.

Con la liturgia eucarística, reafirmamos en este día que muertos con Cristo y resucitados con El, vivimos su misma vida. Por eso, el cristiano que ha muerto y resucitado con Cristo, debe llevar hasta las últimas consecuencias este Misterio de Muerte y Resurrección.

FELICES PASCUAS . . . LATINOAMERICANAS.

¡Sí! Pascuas latinoamericanas, porque estamos haciendo actual nuestra pascua cristiana. Al morir a nuestro egoísmo, al romper con unas estructuras injustas . . . estamos naciendo a una sociedad nueva, a un hombre nuevo.

Pascua es paso hacia la liberación. Es peregrinación. Y aunque Cristo realizó ya su Pascua, nosotros, su Cuerpo, estamos peregrinando.

Celebrar la Pascua en Latinoamérica significa sentir, vivir, la presencia del Señor, el paso que realiza con su comunidad en todos los hechos de nuestra historia. Significa la inmolación por los demás.

Pascua latinoamericana: fiesta latinoamericana. Fiesta de muerte y de vida. Fiesta de dolor y de alegría.

Celebrar la fiesta de la pascua en latinoamérica es celebrar la presencia del Señor vivo en nuestra comunidad, que lucha por su liberación.

Pascua latinoamericana es creer en la vida. En que Cristo está vivo entre nosotros, en nuestra historia, y que por tanto hay que lograr una "vida mejor" para todos.

Pascua latinoamericana es permanecer en el amor. Es crear hermandad entre todos los hombres, para eso hay que trabajar para que desaparezcan las estructuras que destruyen la hermandad.

Pascua latinoamericana es caminar en la esperanza. No conseguiremos a corto plazo la hermandad. El grano de trigo cuando se siembra no produce su fruto de inmediato.

¡Creamos en la vida, permanezcamos en el amor, caminemos en la esperanza . . . y felices pascuas latinoamericanas!

ALOCUCION DEL PAPA PABLO VI

El 29 de agosto de 1973, en la audiencia general

La reconciliación en la Iglesia

¿Cómo haremos, hermanos e hijos queridísimos, cómo haremos para resolver los problemas, para superar las dificultades que el programa que se propone la Iglesia para el Año Santo, descubre y plantea en sus enormes dimensiones? Porque, repitámoslo, el Año Santo, que se avecina y que ya desarrolla su esfuerzo operante en las Iglesias locales, quiere tener este carácter de reconciliación general y de renovación sincera de la vida cristiana, a la cual la herencia del reciente Concilio nos obliga, y de la cual hemos hablado ya otras veces. Queremos imprimir a este acontecimiento, o mejor a este movimiento del Año Santo un aspecto de seriedad y de eficacia; hemos aludido ya en diversas ocasiones a las grandes dificultades que encuentra este propósito nuestro, condividido, esperamos, por la Iglesia católica entera; y a medida que nos aproximamos a la realidad moral, sociológica e histórica de nuestro tiempo, en el cual debemos dar pruebas de la validez de nuestros intentos, la actualidad nos descubre nuevos problemas y nuevos obstáculos; es decir, exige de nosotros una sabia penetración de las presentes condiciones religiosas y morales, un "preventivo" más generoso, y más fundado sobre la confianza en la divina asistencia.

Verdadera y falsa comunión

¿Cómo haremos, por ejemplo, para superar la dificultad de la división, de la disgregación que, por desgracia, se encuentra ahora en no pocos grupos de la Iglesia? No es, en verdad, que la Iglesia esté declaradamente dividida en sí misma; es más, aquellos mismos que le infligen este malestar, y a veces el desgarro interior de disensiones y de arbitrios inconciliables, afirman más que nunca querer estar en la Iglesia, o mejor, querer ser "Iglesia", tan imperiosa es la necesidad, resultante de la vocación cristiana, de la unidad orgánica y visible del Cuerpo místico. Jamás se ha hablado tanto de comunión como ahora y a menudo precisamente por aquellos que promueven formas asociativas que son el polo opuesto de la verdadera comunión; esto es, buscan la distinción, la separación de la auténtica sociedad de los hermanos, de la unívoca familia eclesial. Después de haber quizá tratado de desacreditar el aspecto canónico, esto

es, jurídico, institucional de la Iglesia, éstos querrían legalizar, con toda pretendida tolerancia, la propia pertenencia oficial a la Iglesia, aboliendo toda hipótesis de cisma, o de auto-excomunión. Es decir, la división, que hoy sufre la Iglesia católica, no está tanto en su conexión estructural, cuanto más bien en los ánimos, en las ideas, en el comportamiento de muchos, que ahora, y a menudo con obstinada convicción de superioridad, se declaran católicos, pero a su modo, con libre y subjetiva emancipación de pensamientos y de actitudes, y al mismo tiempo con altiva ambición de intangible autenticidad.

¡Oh! , conocéis ciertamente los fenómenos, algunos al menos, de esta situación, y podéis comprender cómo nos llenan el corazón de amoroso dolor. La recomposición de la unidad, espirtual y real, en el interior mismo de la Iglesia, es hoy uno de los problemas más graves y urgentes de la Iglesia. No queremos turbar vuestros ánimos con pavorosos fantasmas, sino más bien queremos invitar a cada uno de vosotros a remontar, con ocasión del Año Santo, el sentido efectivo de la unidad constitucional en la Iglesia; el amor y el sacrificio por su paz interior, el gusto y la pasión por su sincera armonía de fe y de caridad.

Dado el carácter elemental de este discurso, reducimos a dos puntos que creemos principales, la diagnosis negativa de este deplorable estado de cosas.

Verdadera y falsa responsabilidad

El primer punto se refiere al espíritu de contestación que hoy se ha puesto de moda, y que todos aquellos que en el campo eclesial pretenden ser modernos, populares y personales, se arrogan a menudo con irresponsable desenvoltura. En sí, la contestación querría dirigirse a individuar y a corregir defectos merecedores de reprensión, y por tanto mirar a una conversión, a una reforma, a un aumento de buena voluntad; y nosotros no exorcizaremos una positiva contestación, si permance tal. Pero, ¡ay! , la contestación se ha convertido en una forma de autolesionismo, muy a menudo privado de sabiduría y de amor; se ha hecho un hábito fácil que vela la mirada sobre los propios defectos y la abre en cambio sobre los de los otros; ella habitúa a un juicio, a menudo temerario, sobre los fallos de la Iglesia, y tolera, hasta la simpatía y la connivencia, los de los adversarios de la Iglesia, de los que niegan el nombre de Dios, de los perturbadores del orden social; se declara radicalmente por las reformas más audaces y peligrosas, y sustrae después la propia adhesión, humilde y filial, al esfuerzo renovador que el catolicismo intenta establecer en todos los sectores de la vida y de la actividad humana. Brota de tal espíritu negativo un instinto fácil a la propia distinción de la comunidad, a la preferencia egoísta del propio grupo, a la repulsa de la solidaridad con las grandes causas del apostolado por el reino de Dios; habla de liberación, y navega, aunque sin quererlo, amargada y sin gozo, hacia "un libre examen", es decir, hacia una afirmación subjetiva, que no está ciertamente conforme con el espíritu de la caridad.

Es la caridad ciertamente la que debe curar a la Iglesia de este contagio de la crítica contestadora y corrosiva, que ha penetrado aquí y allá, incluso en el núcleo del Cuerpo místico: el carisma de la caridad debe ser colocado de nuevo en el puesto debido, el primero: "la caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera" (1 Cor 13, 4-7), etc. Recordad este himno de San Pablo a la caridad; ésta, la caridad, debe purificar la

legítima, y a veces justa contestación; y habituar de nuevo a la Iglesia a encontrar en sí misma el propio corazón, en el interior del cual palpita el corazón divino, dulce y fuerte, de Cristo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29).

Verdaderos y falsos carismas

¿Y el segundo punto? Este se refiere a la distinción, que del orden lógico pasa fácilmente, pero abusivamente al orden de la vida; la distinción, decimos, entre la Iglesia institucional y la carismática; entre la Iglesia de Jesucristo y la del pueblo guiado por el Espíritu Santo; entre la Iglesia una, santa, católica y apostólica y una Iglesia concebida según las propias luces personales, o incluso los propios gustos espirituales subjetivos. También a este punto merecerá nuestra reflexión, en orden especialmente a las consecuencias negativas, que derivan de la preferencia superficial, que hoy muchos suelen dar a una así llamada Iglesia carismática en comparación de la tradicional Iglesia institucional. Y las consecuencias negativas son principalmente dos: la desobediencia y un pluralismo más allá de sus legítimos límites; temas estos que exigirían amplio y justo desarrollo. Será, Si Dios quiere, en otra ocasión.

Pero ahora nos limitamos a negar la distinción sustancial entre la Iglesia institucional y una presunta Iglesia puramente carismática. ¿Qué Iglesia, en efecto, ha fundado Jesús? Jesús ha fundado su Iglesia sobre Pedro, sobre los Apóstoles, no ha fundado otras. No existen diversas Iglesias; existe una sola plena y perfecta, en su concepción. Y es a esta Iglesia a la que Jesús ha enviado el Espíritu Santo, para que la Iglesia institucional viva de la animación del Espíritu Santo, y del Espíritu Santo sea protectora, y dispensadora. Los carisma, es decir, los dones especiales que el Espíritu infunde también en los fieles. son para provecho de la única Iglesia existente, y para su extensión en el mundo; como es sabido (cf. 1 Cor 12).

Por eso, nosotros debemos restaurar aquel verdadero "sentido de Iglesia" que responda a las divinas intenciones, y que confiera a la Iglesia aquella unidad interior, aquella vitalidad, aquella alegría de ser y de obrar, que den testimonio a nosotros, a nuestro tiempo, de la presencia y de la salvación de Cristo (cf. Jn 17).

Cristo nos asista con su bendición, ahora nuestra.

A NUESTRA SEÑORA DE LA RECONCILIACION

I

Nuestra Señora de la Reconciliación:
Virgen de la fidelidad y del servicio,
de la pobreza y del silencio,
de la nueva creación por el Espíritu.
Madre de los que sufren en la soledad
y buscan la esperanza.
Señora de los que vuelven a la Casa
y descubren al Padre y al hermano.
Virgen de la Amistad y del Amor,
Señora de la Paz y de la Alianza.

Tú nos diste a Jesús, "el Salvador",
"el que quita el pecado del mundo"
y lo reconcilia con el Padre por su Sangre.
El que nos dió la Eucaristía
y nos pidió que nos amáramos.

II

Gracias por ser así: Tan sencilla y tan buena,
tan honda en la contemplación
y tan abierta a los problemas de los otros,
tan fiel servidora del Señor
y tan cercana a los hombres que pecamos.

Gracias por habernos recibido.
Por habernos golpeado el corazón
y enseñado la senda del regreso
Por habernos serenado en el camino.
Por hacernos sentir que somos hijos.
Olvidamos al Padre que nos ama
y nos hemos encerrado ante el dolor,
la pobreza y la injusticia.

III

Hoy gozamos
en la paz y la alegría del reencuentro.
Hemos vuelto al Señor que nos libera
y hace nuevos.
Saboreamos adentro su Palabra
y comimos en familia
el Pan de la unidad que da la vida.
De allí nace para todos
el Espíritu de Amor que nos faltaba,
y esa sed de justicia verdadera

que es la raíz de la paz entre los pueblos.
Gracias por todo, Madre del Camino y la Esperanza.
Gracias por habernos alcanzado la reconciliación
con Dios y con los hombres en tu Hijo.

IV

Virgen de la Reconciliación:
Muéstranos al Padre cada día
y a Cristo que vive en los hermanos.
Ayúdanos a comprender las exigencias
del Sermón de la Montaña.
Que seamos sal de la tierra, luz del mundo,
levadura de Dios para la historia.
Enséñanos a vivir sencillamente
la fecundidad de las Bienaventuranzas.
Que seamos pobres y misericordiosos,
limpios de corazón y serenos en la cruz,
hambrientos de justicia y hacedores de la paz.
Que gritemos al mundo "Dios es nuestro Padre"
"todo hombre es nuestro hermano".
Que asumamos sus angustias y esperanzas.
Que enseñemos a los hombres
descreídos y amargados,
que sólo confían en la ciencia y en las armas,
y viven la explosiva tentación de la violencia
que "la paz es posible todavía
porque es posible el amor."

V

Nuestra Señora de la Reconciliación,
—Imagen y principio de la Iglesia—:
Hoy dejamos en tu corazón
—pobre, silencioso y disponible—
esta Iglesia peregrina de la Pascua.
Una Iglesia esencialmente misionera
fermento y alma de la sociedad en que vivimos,
una Iglesia Profética que sea
el anuncio de que el Reino ya ha llegado.
Una Iglesia de auténticos testigos,
insertada en la historia de los hombres
como presencia salvadora del Señor,
y como fuente de Paz, de Alegría y de Esperanza.
Amén. Que así sea.

Eduardo F. Pironio,
obispo de Mar del Plata y Presidente del CELAM

VALORES ESENCIALES DE LA VIDA RELIGIOSA EN LA NUEVA SOCIEDAD

Insuficiencia de las formas tradicionales ante la reestructuración exigida hoy por la Vida Religiosa.

¿Còmo organizarnos en el futuro?

Conferencia pronunciada en la Tercera Semana de Teología de la Vida Religiosa Madrid, 1973; por:

Jean M. R. TILLARD, O. P.

Profesor de Teología en la Universidad de Ottawa y del Centro Internacional "Lumen Vitae", de Bruselas

Es indudable que la teología de la Vida Religiosa es una de las ramas más florecientes de la teología actual. Teólogos de las más variadas corrientes realizan labores creativas de una fecundidad insospechada en el empeño renovador de la vida religiosa. El P. Tillard es uno de los grandes adalides preocupados en profundizar y clarificar el ser y el quehacer del religioso en un mundo lleno de ambigüedades y oportunismos.

Por otra parte, todos los religiosos estamos comprometidos en el esfuerzo por descubrir los valores esenciales de la vida religiosa que nos permitan asumir una posición adecuada en el mundo actual de acuerdo con la fidelidad exigida por nuestra vocación carismática en el seno de la Iglesia. El estudio que publicamos del P. Tillard es un

aporte de gran alcance en esta búsqueda de clarificación y adaptación. El discernimiento, don del Espíritu, nos impulsará a encontrar las visiones de conjunto y a evitar las afirmaciones unilaterales que llevan a los extremismos. De ahí la necesidad de apreciar el trabajo del P. Tillar en su totalidad y no sólo en algunos puntos. Y tener en cuenta al mismo tiempo que sus puntos de vista son o pueden ser controvertidos por otros teólogos no menos sugestivos y despiertos en su labor investigativa, y que iremos ofreciendo en otras oportunidades para un mayor enriquecimiento de una ciencia que apenas se está haciendo.

De esta manera, la CRC, a través de su revista Vinculum, sin canonizar los estudios presentados, desea brindar temas que permitan a todos los religiosos de Colombia, reflexionar sobre el estilo peculiar de la existencia en que nos hemos comprometido para dar testimonio del Evangelio.

No nos corresponde mostrar que los religiosos pueden representar un papel de primer orden en el esfuerzo que realiza la Iglesia para encarnarse en el mundo que nace, con la aparición de un nuevo tipo de sociedad y, sobre todo, de un nuevo tipo de hombres Sin embargo, es preciso subrayar al comienzo de este estudio que el proyecto religioso toma relieve no tanto desde su eficacia como desde lo que recuerda y significa Toda nuestra reflexión depende efectivamente de esta visión.

Cada vez más los religiosos toman conciencia de que ellos no se caracterizan en el seno de las Iglesias por la excelencia o por la calidad excepcional de una tarea dentro de la sociedad, o de un trabajo o de un compromiso exterior. Lo manifiestan claramente la aparición de los Institutos seculares y la formación, que se va llevando a cabo en casi todos los lugares, de equipos de seglares —casados o no— comprometidos plenamente en los sectores reservados durante mucho tiempo a las comunidades religiosas. Ya no es necesario ser religioso o clérigo para hacer la catequesis, enseñar teología, trabajar como misionero en la selva africana y animar la oración de un grupo parroquial.

Por otra parte, si el religioso de hoy sabe enjuiciar acertadamente su propio compromiso, se dará cuenta de que su estilo de vida, aunque le dé una mayor disponibilidad y una más profunda calificación para muchas de las actividades requeridas por la misión eclesial, también le resta posibilidad de ministerio evangélico tan importantes como aquellas. Efectivamente, a causa de sus propias exigencias, su estilo de vida le limita esa amplia gama de comunión con lo humano y esa red de experiencias, que caracterizan al cristiano para la realización de la obra del Señor en el mundo. El ancho campo de apostolado no es, ni en su extensión ni en su totalidad, el feudo reservado a la generosidad y a la gracia de estado de los religiosos. Toda la Iglesia tiene en él su parcela.

?

I. La aportación propia de los religiosos a la misión de la Iglesia se halla en su función memorial: lo prioritario es centrarse en Dios

La aportación propia de los religiosos a la misión del Pueblo de Dios está en otra parte. Es preciso buscarla en su función de signo de MEMORIAL. En el corazón mismo de la Iglesia comprometida en la comunión con las esperanzas y con los problemas de los hombres, los religiosos hacen recordar a través de sus grandes decisiones impresas en su carne y en su corazón, en su manera de poseer y en la forma de organizar su vida que lo prioritario está en la atención a Dios.

Es verdad que los religiosos, como otros, trabajan para el progreso de la humanidad y colaboran en la prosperidad de la sociedad, precisamente porque saben que eso es bueno y que responde al plan de Dios; sin embargo, en su vida personal guardan algunas distancias en lo que concierne al empleo de estos bienes terrestres.

Su proyecto de existencia que toca las raíces más profundas de la persona —tendencias a la posesión, a la sexualidad y al poder— proclama que el Dios revelado en Jesucristo, aunque no sea ciertamente el único "Bien", es sin embargo "el único necesario". Dios tiene preponderancia en el seno de los bienes que los religiosos mismos han contribuído a promocionar. Pero esta prioridad de Dios no tiene nada que ver con la prioridad puramente metafísica. Ella se refiere al compromiso que Dios ha tomado para con el destino humano y la historia del mundo.

Porque aquel a quien confesamos como "Otro distinto que el mundo" es aquel que —no contento con interesarse por la suerte histórica del hombre—, le infunde su verdadero sentido. El religioso, escogiendo libremente centrar su vida en el reconocimiento de "lo que no es de este mundo" pero que impulsa al servicio de los hombres, gracias a su sabio comportamiento en el uso de los bienes más fascinantes para el hombre, y procurando encontrar en ellos su alegría, recuerda a la Iglesia que el audaz compromiso en la búsqueda de un mundo de justicia, de paz y de felicidad, tiene un horizonte. Su nota propia en la sinfonía de los diversos tipos de compromiso evangélico es proclamar eso mismo no con palabras sino con vida humana.

II. La atención centrada en Dios nace de la comunión de los religiosos con los intereses de los hombres

Por otra parte, si tomamos en serio el Evangelio, y en particular la visión del Apóstol San Juan, descubriremos también que la radicalidad de la atención puesta en Dios no es auténticamente cristiana más que cuando ella nace de una comunión real con el interés por los hombres. Y esto, sea cual fuere el modo propio de comunión que admite una amplia gama de modelos. Una vida centrada en la atención a Dios no puede ser evangélica si no asume, en simbiosis con esta atención, la preocupación por el hombre. En el cristianismo la economía de la Encarnación es normativa. El "delante de Dios" de la fe remite al "para los hombres", anverso y reverso de un único e indivisible "Sí" dicho a Jesucristo. De suerte que el testimonio dado sobre el absoluto de Dios o sobre su preferencia trascendente por encima de los fines que el hombre se propone a sí mismo, no puede brotar allí donde se busca una fidelidad total al Evangelio —como es el caso del proyecto religioso— si no es en ósmosis con un auténtico esfuerzo de comunión con los problemas de los hombres. Esta ley que vale para toda forma de vida religiosa cristiana, vale con título privilegiado para las comunidades llamadas de vida apostólica o activa, que son las únicas que nos preocupan en esta reflexión.

III. La comunión con los intereses de los hombres reviste nuevas modalidades y exige nuevas adaptaciones

Ahora bien, este interés por el hombre cambia, reviste modalidades nuevas en función de la evolución de la sociedad y de la conciencia que toman los hombres de sí mismos o de su destino colectivo. Si no fuera así, ese interés planearía en un cielo abstracto y condenaría a los religiosos a ser unos "Don Quijote" luchando contra los molinos de viento de una humanidad de papel. De igual manera que habría traición si se abandonara la voluntad de testimoniar la relación con Dios —con todo lo que ella implica de exigencias para lo ordinario de la existencia—, también la habría si se pusiera esta voluntad en la imposibilidad de hecho, descuidando el terreno donde ella debe germinar. En la medida en que para los institutos religiosos llamados de vida apostólica es profunda la simbiosis de la preocupación por los hombres y la afirmación de la trascendencia de Dios, la atención a los nuevos acondicionamientos humanos llega a ser determinante en el plano de la valoración misma. Sin ella no podríamos prestar el servicio particular que el proyecto religioso tiene encomendado en el Pueblo de Dios, para llegar a la plena actualización del Señorío de Jesús sobre el mundo. El "por Dios" y el "por los hombres" concretos, tal como son hoy, se anudan de una manera inseparable.

Se ve claro, pues, que el hecho de hablar de una adaptación al mundo actual no se debe a una cuestión de oportunismo o a una maniobra política para poder catalogarse entre los jóvenes, ni significa un deseo irreflexivo de ponerse de acuerdo con el último grito de la moda, ni mucho menos una capa superficial de nuevas actitudes o de mutaciones ligeras esparcidas sobre un conjunto estructural inmutable. Está en juego la fidelidad misma a la llamada recibida y la obediencia al carisma del Espíritu. Por otra parte, según una ley inexorable de la que se puede deducir muchas aplicaciones en la historia, si nos negamos a ir hasta el fondo de la exigencia del cambio, nos condenaremos a arrastrar, en una triste e insoportable situación, casos de excepción cada vez más numerosos, políticas de hechos consumados, trampas, o casuísticas degradantes. Nos disgregamos lentamente con la consiguiente deshonra para la Vida Religiosa y el mayor perjuicio para las personas. Sufrimos actualmente en muchas comunidades los efectos de una situación semejante. El proyecto religioso se pone irremediablemente en tela de juicio en lo que tiene de más esencial, y por tanto de más inmutable, en el momento en que nos negamos a cambiar lo que es mutable y que debe cambiar para que la vida surja. Evidentemente, estos cambios afectan nuestras maneras de obrar y de vivir más características que, además, están consagradas por veneradas tradiciones. Esto es necesario. De otra suerte, el cambio no cambiaría nada. Sin pretender ser exhaustivos, del manojo de rasgos más representativos del proyecto religioso escogemos aquellos cuya encarnación, hasta ahora clásica, nos parece que es problema en la nueva sociedad. Evitando representar el papel de profeta procuraremos discernir cuál sería la nueva forma que permitiera encarnar esos rasgos en el mundo que nace, sin traicionar nada.

Es posible que el dinamismo que pone en duda las formas pasadas, esté más acentuado en algunas regiones de la Iglesia, y en otras solamente se perfile. Pero,

¿es presuntuoso en nuestro tiempo pensar que, siendo los países de occidente permeables a las influencias, tenga repercusión en casi todas partes aquello que se vive con intensidad en cualquier punto del mundo? Evitaremos, sin embargo, escrutar ciertos factores todavía demasiado localizados, aunque importantes.

IV. Nuestras "obras" e "instituciones" son puestas en tela de juicio frente a las instituciones de la nueva sociedad que nos exigen un nuevo compromiso

Tomaremos como punto de partida el fenómeno que a primera vista parece más claro y menos problemático, aunque acaso sea el que más emboscadas nos tienda: el del trabajo, el de la tarea cotidiana, ya se trate de la enseñanza, del trabajo en hospitales, de servicios parroquiales, de la educación popular, del oficio manual. Lo miramos bajo el prisma de una constatación puramente sociológica para evitar un entronque desde una visión ya sellada por una opción teológica.

Es evidente que la sociedad tendrá aún necesidad de profesores, de enfermeros, de personas consagradas a los ancianos, de especialistas en la infancia, de cuadros y de obreros especializados. También la Iglesia tendrá necesidad de ministros, sea cual fuere el estilo, que está llamado a evolucionar. Pero esta necesidad ya no se presenta ni se satisface de la misma manera que antes, en nuestro mundo secularizado y cada vez más dueño de sus posibilidades y medios. Porque la sociedad civil pretende, y con razón, crearse las instituciones necesarias para subsanar esas necesidades y solucionar esos importantes fenómenos. Por otra parte, los ministerios eclesiásticos quieren ofrecer un nuevo rostro más encarnado y más en comunión con el trabajo y con la búsqueda de los hombres.

He aquí un hecho sociológico, contra el cual no podemos nada, que pone en duda nuestras obras clásicas: colegios, escuelas, hospitales, universidades, dispensarios cristianos, en un momento en que la disminución de vocaciones nos obliga a pensar en un replanteamiento bastante radical en un dominio que hasta ahora fue realmente acaparador. ¿No se realizará en sus obras cristianas lo que se llamaba el fin secundario de las Congregaciones? Dos cuestiones quedan así planteadas. ¿Vamos a agotar a los religiosos, que son cada vez menos numerosos y con menos fuerza, para mantener en alto nuestras "obras", cuando ya la sociedad puede proveer ella misma y en lo esencial a sus necesidades? ¿Son estas "obras" aún hoy el mejor medio de que podemos disponer para servir al Evangelio como lo fueron en la época de la fundación y durante varios siglos? He aquí dos cuestiones diferentes pero que se implican mutuamente.

Ya han comenzado a responder los hechos. El hecho de que la sociedad civil organice instituciones paralelas a las nuestras y dotadas ordinariamente con recursos financieros o de otra clase muy superiores a los que nosotros podemos tener, obliga a las Congregaciones religiosas a replantearse no ya necesariamente su fin particular, sino al menos el problema del medio ambiente en que deben comprometerse. En lugar de destinar a los religiosos a los colegios, a los hospitales o a los talleres de la congregación, ya se comienza a enviarlos a

trabajar, teniendo como base su competencia profesional o su oficio, dentro de las instituciones ordinarias de la sociedad con y como los otros profesores, los otros enfermeros, los otros obreros asalariados.

La misión no puede sino aprovecharse de un tal cambio, en un mundo que ya no es uniformemente cristiano. Y tanto más cuanto que, a veces, nuestras obras nos han hecho —más o menos implícitamente— cómplices de ciertos poderes ambiguos y nos han prohibido denunciar, como se hubiera debido, ciertas injusticias. Además, y de ordinario, nuestras instituciones propiamente cristianas reúnen sobre todo a cristianos en muchos casos bastante afortunados económicamente, puesto que pueden renunciar a la gratitud de los servicios prestados (para lo cual muchas congregaciones han sido fundadas). Ahora bien, los religiosos comprometidos en medios ambientes laicos se consagran a creyentes y a no creyentes, a ricos y a pobres; y esto ensancha el campo de su servicio evangélico. Además ellos ya no tienen como compañeros a los miembros de su Instituto, sino a hombres o a mujeres no creyentes o con fe desviada, o en búsqueda de Dios, conviviendo con aquellos ante quienes deben dar testimonio de Jesucristo. Su fuerza apostólica encuentra allí el lugar donde ejercerse y el sentido de su responsabilidad eclesial, el lugar donde crecer.

Profetismo político.

Mas no solamente se impone este cambio. En el pasado, nuestras instituciones cumplían una importante función de "suplencia". Esa era nuestra manera, heróica muchas veces, de servir a la sociedad y de colaborar en la realización del plan de Dios sobre el mundo. Esta función no ha sido necesariamente devalorada hoy, ni está necesariamente llamada a desaparecer. Sería ridículo pretenderlo. Pero dentro de la sociedad actual se debe a veces cambiar de objetivo. Si los dominios donde nosotros trabajábamos antes están ahora atendidos en lo necesario por el Estado, se hace urgente trasladar nuestra atención a las nuevas zonas de sufrimiento provocadas por nuestra sociedad o a las zonas necesitadas que la misma sociedad descuida. Sería inútil intentar dar aquí una lista de los marginados, de las miserias en que los servicios públicos no piensan aún: problema de los emigrantes sumergidos en el sub-proletariado de soledad o de desprecio que les rodea, problema de los drogados jóvenes y viejos, problema de los jubilados inactivos, problema de los ancianos aislados. Pero aun ahí la actividad de suplencia se ejercerá por compromisos individuales o por iniciativas modestas más que por instituciones creadas con muchos gastos. ¿Dónde encontraríamos nosotros los fondos y sobre todo el personal para llevar a cabo esas costosas funciones? Es necesario que procuremos insertarnos en la trama de los servicios públicos.

fundamental de opción

V. Este cambio social y este nuevo tipo de compromiso dentro del mundo del trabajo repercuten en los valores de la Vida Religiosa

Esta constatación realista y fundamentada sociológicamente del cambio exigido en el compromiso en nuestras tareas apostólicas, nos obliga a llevar nuestra interrogación hasta el otro plano de nuestro proyecto religioso, del que decíamos que se tejía de manera inseparable con el servicio a los hombres.

ellos para poder sobrevivir y desarrollarse deben renunciar a la Gratuidad

¿Cuáles son las repercusiones de este cambio en la manera de vivir los valores esenciales por los que tiene valor la afirmación de la prioridad de Dios, ligada estrechamente al compromiso por el hombre? Una tal situación podrá tener incidencias sobre los valores, permitiendo que sea posible la atención radical al absoluto de Dios. De otra suerte caeríamos en una esquizofrenia de la existencia, peligrosa para las personas. Para evitar la dispersión de nuestra atención nos limitaremos aquí a reflexionar sobre cada uno de los elementos que la teología clásica ha reconocido al proyecto religioso como tal.

a) Repercusiones en el modo de vivir la obediencia.

Primeramente en el plano de la obediencia, es evidente que la relación del religioso con su superior y con su comunidad fraterna, no podrá ser la misma que antiguamente, en el tipo de compromiso que acabamos de evocar. Miembro de un equipo de trabajo sin preocupaciones religiosas y que tiene sus imperativos propios, su cohesión y su consistencia, sometido a la voluntad de un patrón, miembro de los cuadros de mando o teniendo que asumir una responsabilidad sindical, el religioso encuentra apoyo, consejos, criterios en lo referente a la calidad de su compromiso apostólico tanto en la solidaridad de su grupo de trabajo o de su equipo de acción cristiana como en la solidaridad de su comunidad y su responsable. Hay en este terreno un ancho margen de libertad para con ellos, y se podrá dejar a su responsabilidad personal el tomar decisiones importantes.

¿Por qué sorprenderse de ello? Por exigencias de las cosas, lo que antes caía bajo la autoridad de la Congregación, ejercida por el religioso director de escuela, o jefe de servicio en tal o cual departamento de la obra colectiva, ahora escapa a la obediencia religiosa. El argumento del bien común, tan frecuentemente invocado por el pasado, pierde parte de su impacto. La comunidad no es ya el único medio ambiente para el compromiso evangélico de la comunidad. La autoridad de mis responsables y por consiguiente mi obediencia se han encontrado comprometidas formalmente en la decisión que me ha conducido a trabajar en este medio y en este organismo y que me retiene en ellos. Ellas no tienen por qué entrar en el juego concreto del desempeño de la actividad, sea profesional u obrera, en que yo estoy lanzado por el Evangelio. Ni casi tienen por qué entrar en cuenta para juzgar sobre mis opciones estrictamente ligadas al trabajo. Si se cree un deber integrarse en el medio ambiente —so pena de verse rechazado pronto y de no servir a la causa del Evangelio— está claro que ya no se puede buscar en el querer del superior el último punto de referencia para una serie de decisiones con frecuencia cargadas de consecuencias. ¿Conoce él verdaderamente el medio ambiente? ¿Ha palpado de cerca los problemas del grupo? ¿Tiene él a mano todos los elementos requeridos? Pensemos, por ejemplo, en la entrada en una actividad sindical, inevitable en ciertas inserciones dentro del mundo del trabajo asalariado. En muchas circunstancias, después de haber consultado a mi responsable, yo seré verdaderamente el único que pueda tomar con todo conocimiento una decisión que comprometa lo más profundo de mi testimonio evangélico. La referencia al superior ya no será, pues, la de otros tiempos; ni se ligará ya a una dependencia que englobe todas las decisiones apostólicas.

¿Vamos a eliminara la referencia al Superior en las cosas cotidianas de la vida religiosa? ¿Estamos decretando la desaparición del Superior o reduciéndole a no ser más que un simple distribuidor de cargos o un simple repartidor de bendiciones para las decisiones que ya han sido tomadas? Todo lo contrario. El Superior halla aquí su papel espiritual y cesa de confundirse con un administrador.

Por una parte el Superior es, en la situación descrita, el que ayuda a la comunidad a ser para cada miembro un lugar de auténtica búsqueda de Cristo por medio del Evangelio compartido, de la ayuda mutua, de la corresponsabilidad fraterna. Por otra parte, el Superior tiene como misión el buscar el modo de conducir —por sí mismo o más frecuentemente por una persona intermedia— a cada religioso, en medio de sus dudas, sus sinsabores, sus crisis, sus tentaciones, hacia una fidelidad madura a su vocación. Un aspecto particularmente importante de esta misión es empujar a cada uno para que se juzgue a sí mismo, para que retorne al lugar de su compromiso propio y vea si siempre es leal al Evangelio y al amor de los hombres. Demos un ejemplo. Muchos religiosos, dada su cultura, comprometidos en las instituciones civiles se ven obligados a entrar un día u otro en los cuadros directivos y, por consiguiente, a aliarse, algunas veces bastante estrechamente, con un sistema económico-social que puede crear problemas en muchos planos, sobre todo a un cristiano que ha escogido la pobreza y el amor a los pobres. De ahí dimana la necesidad de un juicio crítico y profundo que el religioso, estando solo y arrastrado por las lógicas internas y los intereses del medio ambiente, no puede dar siempre con la clarividencia necesaria. El Superior debe ayudarle; si no, el compromiso profesional perderá poco a poco el rigor evangélico que permita proclamar de manera intransigente las exigencias de Dios. Para poder impugnar seriamente el repliegue del medio ambiente sobre sí mismo, su apetito de poder y de interés, es necesario repensar todo una y otra vez. Lo mismo ocurre analógicamente con los compromisos de tipo sindical o semejantes.

El Superior deja, pues, de ser el que da órdenes que hay que cumplir y se convierte en el que orienta a hacer un juicio de conducta propiamente evangélico y a llevarle a la práctica. Su papel se hace más digno y con ello la obediencia religiosa gana en calidad humana. La responsabilidad personal, íntegramente respetada, se une a la sumisión a la voluntad de Dios no impuesta sino descubierta por el "ministerio fraternal" de un Superior; y así realiza el acto adulto de un cristiano que se ha comprometido a no buscar él solo el Evangelio.

b) Repercusiones en el modo de orientar la vida de comundiad.

Puede ocurrir que aquel a quien nosotros designamos con la palabra "superior" no sea necesariamente un responsable que cada comunidad debiera poseer en su seno. Nada impide pensar en una pequeña constelación de grupos unidos en torno a un responsable espiritual como el que acabamos de presentar. En muchas circunstancias el nuevo rostro que las comunidades quieren darse, conduce a ello casi obligatoriamente. Porque la comunidad misma cambia de aspecto. No pensemos simplemente en sus dimensiones que se van haciendo reducidas y más flexibles. Para vivir más con los hombres, comulgando con el realismo de su condición, los religiosos escogen cada vez más el vivir en grupos pequeños, sumergidos en barrios populosos de las ciudades. Este fenómeno

entraña algunas consecuencias; y sería importante e interesante escudriñarlas con atención; pero no podemos hacerlo aquí. Solamente podemos profundizar en las consecuencias que dimanan de la nueva concepción del compromiso apostólico y que revierten sobre la vida interna de las comunidades.

En la comunidad clásica se vive "en común" local y cronológicamente; es la comunidad donde todos trabajan en el mismo medio y, frecuentemente, en la misma obra, en la que ordinariamente se inserta la vida común: es el caso de la "comunidad colegio" o el caso de la "comunidad de un hospital". Se ora juntos, se trabaja juntos, se come juntos, y juntos se tiene el recreo. El horario de la comunidad y el de la obra parece que han contraído un estrecho matrimonio; por encima de todo, todos tienen la misma inquietud y las mismas preocupaciones inmediatas: las de la obra. Ordinariamente la comunidad procura ofrecer a los religiosos aquello de lo que tienen necesidad, hasta el punto que pueden vivir varias semanas sin tener por qué salir de la "casa común". Este es verdaderamente el lugar del religioso.

Ahora bien, el tipo de compromiso que parece imponerse para el futuro no lo va a permitir. Aunque nada más sea por la siguiente razón elemental: los religiosos ya no se encuentran reunidos en la misma casa a causa del trabajo que deberán llevar en común en la misma obra. Cada uno estará inscrito en la casa más próxima al lugar del trabajo, o en la más acomodada al tipo de trabajo escogido. La diversidad de horario, las responsabilidades que cada persona tiene en su medio de trabajo, las relaciones apostólicas, hacen difícil el encontrarse todos juntos cada día. Uno de los miembros de la comunidad llega de su trabajo en el momento mismo en que a veces otro sale para el suyo. En una comunidad de tipo medio se encontrarán cada día solamente unos cuantos miembros y no siempre los mismos.

Si queremos que permanezca el ideal de la *Koinonía*, esencial al proyecto religioso, es absolutamente necesario suscitar o describir los tiempos fuertes de vida común que no sean fijos cada día. Una concepción estrictamente local y continua de la comunidad —vivir juntos y en un mismo lugar— debe dejar lugar a una visión nueva. La fraternidad tendrá sentido y se alimentará en "momentos intensivos" más que en un "estado" de cohabitación y de acciones realizadas en común. Esto hay que preverlo; si no, la vida común se deshilachará y se desvanecerá hasta el punto de convertirse en una coexistencia pacífica dentro de una comunidad dormitorio. Para que lo esencial quede con vida, se debe consentir hoy que la realidad traducida cotidianamente en el compartir los bienes y en la comunión de los espíritus y los corazones —según el tan conocido esquema de los Hechos de los Apóstoles, normativo aquí— aparezca más espaciada pero más densa y más intensa en cada una de sus manifestaciones. Sin cambiar, y que quede esto bien claro, el ideal religioso por el ideal de un Instituto secular. Es una cuestión que reviste el aspecto de vida o muerte para muchas de las comunidades pequeñas. Se ve que esta traducción nueva de la experiencia comunitaria no pone en tela de juicio la naturaleza profunda de la "Koinonía" religiosa. Por el contrario ella asegura su vitalidad, librándola de la pesantez y del formalismo de una promiscuidad que no animaría ningún sentimiento profundo de fraternidad y de corresponsabilidad evangélica. Ella se niega a ver la comunidad religiosa convertirse en una pensión para solteros apostólicos.

Por otra parte, en muchos campos de la vida profesional y cristiana se hace necesario que cada miembro pida a otros grupos que no sean su comunidad, el apoyo que necesita. Será posible que normalmente el religioso tome parte en la Eucaristía en una iglesia cercana a su lugar de trabajo, se divierta con sus compañeros, comparta las alegrías familiares de muchos de ellos. En cuanto a la política le ocurrirá que tendrá que oponerse a los ideales de la mayor parte de sus Hermanos. En una palabra, la unidad comunitaria vivida profundamente en la comunidad de un único ideal de adhesión a Cristo, se realizará entonces en un pluralismo de situaciones, de perspectivas y de toma de posición. La libertad y la personalidad de cada uno se manifiestan en esta vida, como también se manifiesta su comunión verdadera con el medio ambiente, insertándose en él.

Sería ingenuo entristecerse por todo esto. Ello es efectivamente el signo de una visión adulta del "estar juntos" para el servicio del Evangelio. ¿Por qué cada persona no va a guardar su propio perfil en el proyecto común de "seguir a Cristo"? La comunidad no es ni el molde que fabrica religiosos en serie, ni es tampoco el rodillo compresor que aplasta las cualidades personales. Es verdad que nosotros no estamos acostumbrados a esta visión de la responsabilidad personal. Negarlo hoy sería como tejer la mortaja de la vida religiosa. Esta muerte no sería el fruto del orgullo o de la insubordinación de la nueva generación, sino el resultado trágico de nuestra falta de conciencialización sobre la relación del Evangelio con el "ser-hombre".

c) Repercusiones en el modo de vivir la pobreza.

Probablemente es en el plano de la pobreza donde los cambios llevados al terreno del compromiso apostólico arrastran las más grandes consecuencias y a distintos niveles. Es fácil comprender el por qué y el cómo.

Ciertamente no hay que pecar de ingenuos, menos todavía habría que soñar con utopías. Una Congregación poderosa no podría despojarse de la noche a la mañana de todas sus grandes y costosas instituciones. Y es muy posible que en ciertos medios el servicio a los hombres en la sociedad contemporánea requiera el mantenimiento de un colegio, de una escuela o de un dispensario. Pero sin embargo, es necesaria una dosis de clarividencia evangélica para no refugiarse en estas constataciones realistas y negarse a mirar el porvenir con igual realismo.

En la mayoría de los países hay muchos factores que permiten adivinar la imposibilidad de mantener la mayoría de las grandes instituciones; por eso no pueden contentarse con esperar, brazos cruzados y esperanza en el corazón, que los acontecimientos lleguen. El simple factor del descenso de vocaciones y del envejecimiento de las personas es un factor de peso. Sin una prospectiva seria se correría hoy el gran riesgo de dejarse devorar por la ley irreversible de la evolución sociológica. La vida religiosa es infinitamente más elocuente que las "obras religiosas". Por eso no debe dejarse encerrar en el círculo de éstas cuando amenazan con asfixiarla.

Ahora bien, es patente que una gran parte del malestar que hoy se siente en relación con la pobreza (hasta el punto de que algunos teólogos han propuesto

suprimir esa palabra del vocabulario de las Constituciones), proviene de la necesidad de mantener las obras —frecuentemente enormes— que el servicio de la caridad y la colaboración generosa al progreso exigían antiguamente. Aun en el plano del testimonio, muchos están de acuerdo para decir que el aspecto exterior de esos edificios da ordinariamente una impresión de poderío, sea cual fuere la pobreza efectiva, y la vida austera de las personas que los habitan y que trabajan en ellos, siguiendo con frecuencia unos horarios heroicos, que no podían soñarse en las instituciones civiles. Hay ahí un círculo vicioso del que apenas si se puede salir. Si se quiere mantener un hospital privado es necesario dotarle de aquello que la técnica ofrece como más adaptado (y por consecuencia más valioso), pues de otra forma se atendería de mala manera a los hombres y, por falsa representación, se faltaría a una justicia fundamental y a la confianza que ellos han puesto en nosotros. Pero, a veces, para mantener tal institución nos vemos obligados a hacer concesiones a los "poderosos", aunque solamente sea con la política del silencio, aun cuando esos poderosos obren contra los derechos de los más pobres. Y ¿qué decir cuando su generosidad para con nosotros les asegura demasiado fácilmente la tranquilidad de conciencia?

Cuando poco a poco desaparezcan las obras propias y cuando los religiosos se compromentan en las instituciones civiles, entonces caerá de las espaldas de las Congregaciones, aun en el plano financiero, esta imponente carga, llena hoy de equívocos (caso que no se daba en los orígenes). Tanto más cuanto que el salario que cada uno gana provee a la subsistencia personal y a las necesidades de la modesta comunidad, de la misma manera que el salario de todo hombre lo hace en la sociedad actual. Y, ¿qué familia cuenta hoy día con nueve salarios? Es normal que una vez operado el descuento de los servicios comunes que hay que asegurar para el bien de toda la Congregación: cuidado de los ancianos que no tienen pensión, formación de los jóvenes, ayuda a los misioneros, cargas administrativas, fondos de previsión, es normal que un pequeño grupo de personas pagadas según su compentencia y viviendo muy sobriamente como lo prescribe el voto de pobreza —con el que no hay que trampear sobre este punto—, tenga un superávit.

Si sabemos aprovechar esta oferta, nuestra pobreza recobraría entonces su auténtico sentido evangélico. Quienquiera que tome en serio las palabras del Señor: "Vende lo que tienes, dalo a los pobres", se sentirá molesto ante lo que ha llegado a ser desde hace algunos siglos la práctica del voto de pobreza. Se le ha reducido a una simple dependencia de los superiores; encaminado a una existencia exenta de preocupaciones materiales confiadas a ciertas personas. La pobreza ha sido reducida a su dimensión ascética. No se tiene casi nada en su bolsillo personal, no se gasta más que para lo necesario. Pero lo que se ahorra de esta manera va a la cuenta corriente del Banco de la economía provincial.

Seamos honrados y no caigamos en la ligera caricatura de esta manera de obrar: en la situación de las "obras comunitarias" esa cuenta corriente no es un tesoro egoista porque sirve a los hombres ya que permite mantener precisamente las instituciones, siempre onerosas. En la situación del compromiso de los religiosos fuera de las "obras" comunitarias —que desaparecen poco a poco— no es lo mismo.

Permitidme subrayar lo escandaloso y repugnante que aparecería y que desgraciadamente aparece a veces, en la actitud de Congregaciones que, habiendo vendido sus inmuebles sin perder gran cosa en ello, se contentan con incrementar así la cartera comunitaria. ¿Qué se puede hacer, diríais?

El Evangelio dicta la solución. En él la pobreza aparece iluminada desde lo positivo. Se da lo que se tiene, se despoja uno de lo que tiene, se hace uno pobre. Pero este dinero que se ha dejado libremente, no está condenado a ser infructuoso. Es preciso darle utilidad, orientarle hacia su verdadero fin haciéndole colaborar en la construcción del Reino de Dios entre los hombres. Lo damos "a los pobres", es decir, lo damos para que se convierta en un medio de lucha contra la miseria de los hombres y de esfuerzo para la liberación de los oprimidos. En una palabra, compartimos no solamente en el interior de la comunidad religiosa (por la puesta en común), sino que compartimos también con los más desheredados de entre los hombres. Recordemos los signos del Reino en los relatos evangélicos: curación de los enfermos, pan dado a los hambrientos, sufrimientos aliviados . . . A partir de aquí la pobreza tiene su sentido propio y aparece como una cosa que no es una simple ascésis, fuente de méritos para la vida eterna. El empobrecimiento individual y comunitario se convierte en uno de los caminos realistas que escoge el amor a los hombres para encarnar la comunión con Cristo. Pablo lo decía a los Corintios: "Vosotros conocéis la libertad de nuestro Señor Jesucristo; cómo siendo rico se hizo pobre por vosotros a fin de enriquecernos con su pobreza . . . Ahora terminad vuestra obra de manera que, según vuestros medios, los actos respondan al ardor de vuestra generosidad" (2 Cr., 8. 9-11).

Así, ahora se hace realizable lo que la situación de las "obras" hacía difícil, puesto que era preciso en primer lugar mantener y hacer progresar esta forma de servicio a la sociedad. De esta manera entablamos relación con la intención fundamental de la pobreza y sus exigencias.

Este compartir y esta participación en la victoria sobre la miseria pueden efectuarse ciertamente de múltiples maneras, según los medios vitales: entrada en un plano de desarrollo social o en un programa de educación no subvencionada, en la colaboración a un proyecto de ayuda a varios grupos del subproletariado, etc. No tiene que buscar mucho tiempo la imaginación para descubrir en la oleada de necesidades que asaltan nuestro mundo, tanto en los países desarrollados como en otras partes, un punto cálido que solicita gratitud. También está claro que las consecuencias del compromiso individual de cada religioso en un medio de trabajo que no es necesariamente el mismo que el de su hermano en religión, deben confluir en este mismo punto. Su pobreza religiosa se individualiza también, de alguna manera. Porque si el religioso pretende ser testigo del Reino de Dios en la pequeña fracción de humanidad donde él trabaja, allí es donde primeramente tiene que vivir la exigencia de la gratitud que comporta su probreza religiosa; y eso más allá del compartir que siempre debe mantener con sus hermanos religiosos con quienes pone todo en común. A él le corresponde en muchos casos decidirse en su conciencia personal; a él le corresponde juzgar en la mayoría de las ocasiones. No se pone en común únicamente los billetes de banco ganados, sino la voluntad de vivir la pobreza

evangélica que con sus condicionamientos concretos, entre los que se halla el de la comunión verdadera con el medio de trabajo. Aun en este caso no son suficientes ni el parecer del Superior ni la opinión de la comunidad que conducen solamente a la decisiónindividual.Por otra parte, es imposible quedarse con una conciencia tranquila, diciéndose que el ecónomo ya entrega a un organismo humanitario importante una parte de las entradas financieras. Es necesario que la pobreza esté en armonía con todo lo que implica y exige, en nombre del Evangelio, el compromiso individual en tal o cual pequeña célula de humanidad que tiene sus problemas.

Evidentemente, esto exige cambios bastante notables en nuestra manera de vivir la pobreza. Hoy como ayer, el religioso no tiene derecho a gozar por sí mismo de sumas que él se reservaría del salario de su trabajo. Radicalmente él ha rehusado por voto el derecho a hacer propio aquello que gane. Se ha prohibido ver en ello un punto de sosiego para su deseo instintivo de seguridad y de bienestar. Negar ahora esta decisión sería una perversión inaceptable de su proyecto religioso. Por el Evangelio él ha escogido con plena libertad ser personalmente pobre. No obstante nada se opone a que en vistas a compartir con los hombres, el religioso tenga poder sobre el uso de cierto dinero que es el fruto de sus sudores. En consecuencia su pobreza podrá ser, como debe ser, constructora del Reino de Dios por la instauración de un poquito de dicha y de justicia. Entonces, poseer alguna cosa no está en contradicción con la intención evangélica de la pobreza, sino que está a su servicio. Se aplica análogamente al individuo lo que se decía de la obra o de la institución con respecto a la pobreza colectiva de la Congregación, es decir, del destino último que se da a la puesta en común. Se vive pobre, en una austeridad tan real como la de antaño y aun más verdadera, porque la motivación se hace más elocuente. No se goza egoístamente del resultado de su trabajo. La comunidad misma se niega a proporcionar su "standing" a la medida de los salarios cobrados; a ello conduciría solamente una concepción miope de la "puesta en común" próxima ya al contratestimonio. Se permanece en la cuerda tensa de la pobreza religiosa; pero se quiere que ella vaya hasta el ápice de la lógica evangélica y que no escape a la ley de "por los demás".

Este radicalismo devuelve a la pobreza consagrada su humanidad profunda. Un religioso comprometido con un ambiente de trabajadores pobres, debería ser capaz, por ejemplo, de prestar dinero a un compañero que se encuentra en necesidad, sin miedo a que no se lo devuelva: su voto tiene que haberle liberado hasta ese punto. Se puede admitir que el religioso pague un fin de semana de descanso a una joven mamá soltera que se encuentra al borde de una depresión nerviosa y esto aunque tuviera que pedir a sus hermanos de religión que redondearan la suma necesaria. Tales actos, situados en su contexto ambiental, no se parecen en nada a la limosna que un rico poderoso haga con los intereses de su fortuna. Son gestos gratuitos y fraternos del compañero de trabajo que sobre la base del mismo salario que los demás puede prever un margen en su economía, puesto que él no tiene la carga de los hijos y ha hecho voto de llevar una vida despojada en compañía de otros hermanos animados del mismo deseo evangélico.

Pero una tal pobreza quiere ir aun más allá de esta ayuda amistosa y gratuita. Algunos religiosos de no importa qué generación comprendieron ya que era posible compartir la vida más allá del plano financiero. Viven en comunidad con

seglares, a veces solteros, a veces casados. La comunidad con el ambiente y con su inquietud —sobre todo cuando se trata de un ambiente obrero o de un grupo rayando en el subproletariado nuevo de nuestras ciudades occidentales— que engendra el compartir las angustias y las crisis, ofrece su horizonte pleno al reparto material o pecuniario. Juntos buscan el evangelio y juntos pretenden realizar un signo del Reino de comunión y de amor.

Ocurre que hay quienes se escandalizan o se burlan ante los fracasos de algunas experiencias o ante el utopismo evidente de otras. Confesemos que injustamente, porque esas experiencias no tienen nada de anormal siempre que medien ciertas condiciones, especialmente un estilo de comunión, teniendo en cuenta todo lo que el matrimonio comporta de privado y de inviolable intimidad y todo lo que la vida del religioso exige de retiro con relación a lo que es propio del mundo. Estas experiencias se asemejan a otras experiencias llevadas a cabo en la historia y cuya caducidad no debe hacernos olvidar sus resultados positivos. Si han desembocado poco a poco en una separación en lo que concierne a los religiosos, sin embargo han dado un espíritu nuevo al ideal eclesial de ciertas épocas. Y esto también cuenta en el plan de Dios. Además no exageremos el elemento de sensación que puede descubirse hoy en estas tentativas. En el pasado, y en los más clásicos colegios, los religiosos han cohabitado, a veces de una manera muy estrecha, con seglares no religiosos, asociados a su vida, y no solamente alumnos, sino también profesores, compartiendo muchas actividades de la comunidad. En estas experiencias actuales se busca ampliar la calidad de ese reparto infundiendo en él una intención evangélica de comunión.

Un ejemplo nos lo aclarará. En un suburbio obrero de una gran ciudad, cuatro religiosos viven en simbiosis con dos familias de militantes bastante pobres; cada una de las familias tiene dos hijos. Teniendo en cuenta las sumas que los religiosos deben enviar a sus Institutos, los salarios se ponen en común y también los gastos. Rezan juntos, buscan juntos, dejando a cada familia y al grupo de los religiosos ciertos márgenes de autonomía sin los cuales se caería en una promiscuidad destructora y peligrosa. En el fondo, se hace ahora con personas que no pertenecen a la Congregación y que frecuentemente se hallan en una gran necesidad material y psicológica, lo que antes se hacía en la comunidad religiosa estrictamente entre hermanos. Ahí el Evangelio no pierde nada. Y sobre todo que esta comunión realista conduce lentamente a buscar juntos la palabra de salvación y de esperanza que ella comporta. Y debemos esperar que ella desemboque, para los religiosos implicados, en el esfuerzo para lograr la liberación de los hombres en nombre de la salvación.

Ciertamente que no vamos a hacer de este tipo de inserción la norma obligatoria, ni vamos a constreñir por intolerancia a todos los religiosos a adoptar bajo pena de verse clasificados entre los retrógados o los conservadores impertinentes. Eso sería una tontería. Es preciso tener en cuenta los temperamentos, las necesidades, las edades, las exigencias del ambiente. Un tal estilo de compartir no puede ser ni único ni normativo. Lo hemos presentado ampliamente porque permite comprender cómo un estilo nuevo y muy exigente de pobreza, no solamente salvaguarda la intención fundamental del voto de religión, sino que la refuerza, aun rompiendo categóricamente con las normas

clásicas de obrar. Puede considerarse toda una gama de compromisos, más o menos apremiantes, dentro de las comunidades humanas pertenecientes a diversos medios y a diversas categorías sociales, sin que por ello se ponga en peligro lo esencial del proyecto religioso, teniendo en cuenta que hay que mantener las otras exigencias de éste.

Me parece que, en este plano, habrá que consentir cada vez más, la formación de una polivalencia de formas comunitarias en el seno de una misma congregación. Esto al menos para los años que vienen, en una perspectiva evolutiva. Porque puede ser que los Institutos lleguen a optar lentamente por tal o cual tipo particular de inserción en la comunidad humana y a caracterizarse por ello. Casi de la misma manera que en la edad media el convento dominico, debido a la movilidad itinerante de sus miembros, se distinguió a la vez del claustro de canónigos regulares y de la abadía monástica.

Y puesto que estamos tratando de la formación de comunidades sobre el terreno, es importante reflexionar sobre un proceso que existe ya y que no hará más que ampliarse. Hay religiosos que, siendo de la misma generación, o teniendo un mismo tipo de espíritu, o estando comprometidos en un mismo tipo de ambiente y compartiendo el mismo ideal, pero perteneciendo a diversas Congregaciones, forman comunidad entre ellos y no con los miembros de su familia religiosa. El choque de generaciones, las diferencias de perspectiva en el interior de cada Instituto, la negación opuesta a veces categóricamente a las nuevas formas de encarnación del proyecto, refluyen hasta este punto. Ahora bien, de ordinario esas pequeñas comunidades intercongregacionales se pueden contar entre las más fervorosas y las más serias. Y es que los religiosos se han reunido libremente con el fin preciso de ayudarse en el "seguimiento de Cristo" y de fortalecerse para una búsqueda verdadera y fiel al proyecto religioso y a la evangelización.

Es normal entonces que las diferencias existentes entre Congregaciones —cuando verdaderamente las hay, caso que no siempre se da— disminuyen y hasta desaparecen. Se plantea la cuestión de la fidelidad a lo que se llama "el carisma" propio del Instituto y con ella la cuestión de la relación que se debe mantener con los responsables de este último. En ciertos casos procuran reagruparse, no en torno a una espiritualidad propia de los Institutos implicados, sino en torno a una gran corriente espiritual, en armonía con la experiencia que se vive. En un contexto obrero, por ejemplo, se volverá con gusto hacia San Francisco de Asís; los religiosos de vida activa, atraídos por un fuerte gusto de contemplación, se complacerán en la visión de Charles de Foucauld; los religiosos en busca de un tipo más intelectual se encontrarán alegremente con el espíritu de Santo Domingo. Todo con mucha libertad, y sin enfeudarse en esquemas rigurosos.

Ahora bien, este dinamismo puede llegar hasta cortar los cordones umbilicales que atan aún a las Congregaciones originales, y así dar lugar al nacimiento de pequeños grupos nuevos con gran animación interior. Estos grupos, bastante autónomos, probablemente sentirán la necesidad, no ya de situarse en el esquema actual de grandes comunidades centralizadas y con autoridad

descendente, sino de establecer entre ellos un sistema nuevo de comunión, de intercambios, de solidaridade que pueda llegar a veces hasta el intercambio de sus miembros. Algunas comunidades religiosas de las iglesias protestantes viven situaciones de este estilo de una forma muy acertada.

Nos parece que es preciso tomar en serio este fenómeno que se perfila acá y allá. Podríamos preguntarnos si en el futuro, para que pueda sobrevivir el carisma religioso en el seno de la Iglesia, no pedirá el Espíritu Santo a varias Congregaciones actuales que den ese paso en el misterio de la cruz y en la fecundidad misteriosa de la Pascua. No hay que barrenarse; eso sería una cobardía y un crimen contra la esperanza; pero sí hay que dejar que de ellas nazcan formas nuevas más en armonía con el rostro que la Iglesia quiere ofrecer para ser signo e instrumento del Reino de Dios en la plena carne de un mundo nuevo que nace según esquemas irreversibles. ¿Desaparecer? Sí. ¿Dejarse cortar poco a poco miembros verdaderamente vivos? También; pero siempre para que se dé una nueva germinación eclesial. Si se acepta en la fe, nada tiene que ver con una demisión o una constatación de fracaso. Se trata de una entrada evangélica en la pobreza radical de Cristo que desemboca siempre en "vida nueva". Nuestras Congregaciones, nacidas en su mayor parte a partir de las necesidades inmediatas de la Iglesia y en una época en la que el mundo llevaba unos rasgos que ahora está perdiendo a ritmo acelerado, no tienen como tales necesariamente una promesa de eternidad. Pero el carisma religioso, quiere y debe durar; la reaparición de la vida religiosa en las iglesias protestantes lo atestigua. Y las Congregaciones religiosas tienen como vocación no el servirse a sí mismas, pensando solamente en ellas mismas, sino servir a ese carisma ordenado al bien del Pueblo de Dios y a la realización del designio divino. Endurecerse con intransigencias en la negación de dejar que nazcan de ellas esas formas nuevas, fieles también a lo esencial del "seguimiento de Cristo", sería acaso, por una parte, una falta de obediencia al Espíritu; y por otra, condenarse a morir en la esterilidad. El Nuevo Testamento nos ha enseñado que la salvación nacía de la fe y de la pobreza.

A cada Instituto, pues, le corresponde ver en qué medida el Espíritu no le sugeriría entrar en este dinamismo pascual de lenta evolución y dejar que la vida pase por él en lugar de encerrarse en una inútil y desesperada esclerosis. Ciertamente sería grotesco decir que todas las Congregaciones y todas las Ordenes deben entrar en este dinamismo convertidor. Pero no conviene tampoco quedarse con una conciencia bien tranquila diciéndose que pertenecemos al "pequeño resto" de los rescatados.

Comprendednos bien. A pesar de la disminución de los efectivos, y siempre en un clima de abandono progresivo de las obras propias, las Congregaciones, tal como son hoy, conservan un lugar en la sociedad, lugar cada vez más modesto pero apreciable: el de asegurar los servicios requeridos por una fracción de población más o menos grande según los ambientes. Esta función se encuentra por otra parte en armonía con la situación de transición de la sociedad. El drama para esas Congregaciones no está ordinariamente en asumir esas funciones; porque eso puede nacer en numerosos casos de su caridad y de su realismo, negándose a correr demasiado de prisa tras las tareas nuevas, mientras que la

sociedad todavía tiene necesidad de ciertos trabajos clásicos. Sería inútil quemar sus naves demasiado pronto. Además es preciso tener en cuenta a las personas. No se vuelve la vida de una persona como se vuelve un guante, sobre todo si ya ha pasado la cuarentena. Un número considerable de religiosos no puede moldearse a los nuevos trabajos y a un nuevo estilo de vida religiosa, lo mismo que una fracción de la Iglesia no puede dejar a un lado varios servicios para los que esos religiosos son todavía capaces. Esto es evidente. Pero el drama llegaría si se encerrasen en esas funciones y se aferrasen a ellas, no permitiendo que el Espíritu se abriese un camino hacia el mañana. Una vez más nos vemos inmersos en la necesidad de una situación —provisional— de pluralismo, combinando la coexistencia de formas, fieles aún al modelo clásico, con otras que esconden la génesis de una nueva vida religiosa llamada quizá a separarse un día de la Congregación-madre. Tal acodadura, tal trasplante fue la causa, aunque en otro contexto muy distinto y por otras razones, de la multiplicación de las fundaciones monásticas.

Se comprende que sea difícil, si no imposible, llegar hoy a redactar unas constituciones que satisfagan a todos. Excepto en el caso de que éstas prevean un principio de dinamismo interno, aceptado por todos y abierto a un porvenir no de facilidades —esto sería el "harakiri" de la vida religiosa— pero sí de flexibilidad ante las exigencias impuestas por la novedad del mundo. Porque lo que nosotros describimos nada tiene que ver con una empresa de relajamiento de lo absoluto del don de sí mismo. Es menos difícil vivir las formas clásicas de la pobreza y de la obediencia que las que nosotros presentamos; es menos constreñido doblegarse bajo un reglamento de una comunidad regular que comprometerse en un cotidiano imprevisto de una pequeña hermandad. Cualquiera que caminara hacia las formas nuevas con el fin de suavizar las exigencias del "seguimiento de Cristo" se lanzaría al fracaso. No equivale a una decadencia el hecho de buscar una nueva encarnación de la exigencia de Dios.

d) Repercusiones en las facetas de vivir la castidad.

La vida religiosa no se construye únicamente en torno a los tres ejes: obediencia-pobreza-comunidad. La castidad representa en ella un papel capital. Si hablamos del celibato religioso después de haber insistido sobre la obediencia y la pobreza, se debe primeramente a que así nos distanciamos de la visión, a nuestro parecer muy poco fundada, que pretende que todos los problemas de la vida religiosa se concentren en el "celibato por el Reino de los cielos" proclamando que él es su único fundamento evangélico. Pero además queremos demostrar más netamente que sería en verdad más sorprendente que no pudieran traerse a este plano algunas modificaciones en nuestro modo de obrar.

Es siempre muy delicado y se corre siempre el riesgo de ser mal entendido si no se toman las debidas precauciones, antes de tratar este capítulo de la experiencia cristiana.

Un poquito de experiencia permite ya constatar que la castidad religiosa no se vive de la misma manera tratándose del monje o de la monja en su abadía, del

religioso o la religiosa en contacto con el mundo –pero viviendo la mayor parte del tiempo en los límites de su comunidad–, de aquéllos o de aquéllas que se encuentran comprometidos totalmente en situaciones imprevistas y en medios de trabajo poco sensibles a nuestras costumbres evangélicas o influenciados por una atmósfera bastante erotizada.

Demos una vez más una caso concreto. La religiosa empleada en un colegio del Estado con sus colegas masculinos no podría rehusar el encontrarse con ellos, el participar en un grupo de reflexión cristiana formado por hombres y mujeres, el participar en un congreso en el que ella es delegada de sus compañeros, con uno de ellos. Si se comportara de otra manera su testimonio de comunión con el medio vital, en nombre del Evangelio, sería mezquino. Daría testimonio del miedo a perderse, más que de su deseo de servir y amar su medio de trabajo. Ahora bien, esto que es evidente, implica que su castidad no debe consistir en preservarse o en rehusar toda relación con el otro sexo, sino que debe ser una castidad positiva, capaz de asumir serenamente un cierto tipo de vivir-juntos y de relaciones amistosas, sin que esto ponga en perpetuo peligro el propósito del "celibato por el Reino de los cielos".

No es preciso ser un brujo para adivinar que, en las nuevas situaciones en que se comprometen los religiosos, lo que cuenta sobre todo es la calidad interior de la vida y la seguridad de la adhesión al Señor. Porque es imposible ocultar que esta manera de vivir la castidad religiosa en una promiscuidad cotidiana con personas poco preocupadas por el impacto de nuestro testimonio comporta dificultades, posibles crisis y verdaderas emboscadas. En muchos aspectos, la situación del religioso que ya no tiene ante sí las barreras sociológicas de antaño y que con frecuencia no se distingue en nada de los demás, se asemeja a la del esposo que debe vivir su fidelidad en un continuo encuentro con personas de todo sexo. El Evangelio se vive afrontando la realidad y no en un retiro miedoso. Ese es el caso de miles de cristianos, fieles a las exigencias de su matrimonio, y que no traicionan a su cónyuge a pesar de las múltiples ocasiones que para ello encuentran. ¿Por qué deberían los religiosos querer vivir más preservados, ellos que se sienten animados por un amor de Cristo que ellos mismos tienden a creer demasiado excepcional? No hay que dramatizar nada por consiguiente.

Seamos aquí de nuevo realistas. En nuestras comunidades de estilo clásico que permiten pocos contactos con el exterior ha habido religiosos y religiosas muy serios que, descubriendo en ellos de repente una tendencia homosexual, han sido capaces de guardar valientemente su voto de castidad a pesar de las ocasiones que provienen sea del medio religioso (la famosa obsesión por las "amistades particulares" es un indicio), sea del medio apostólico. En lugar de escandalizarse, es necesario admirar el valor y la grandeza de esos religiosos. Pero, análogamente, ¿por qué no habría de manifestarse este mismo coraje en el contacto con el otro sexo?

Bien entendido, sería ridículo justificar las aventuras más extrañas bajo el color de apertura a los nuevos modos de castidad; también sería ridículo teorizar de manera idealista sobre las posibilidades de relaciones muy íntimas entre religiosos y personas de otro sexo, olvidando la calidad excepcional de los modelos que se

proponen (Francisco de Sales y Juana de Chantal) o el estilo hagiográfico de los relatos en que se apoya (Benito y Escolástica). Sería aun más grave lanzar a los religiosos a vivir aventuras bajo el pretexto de yo no sé qué necesidad de maduración. Es mejor que la vida venga con su ruda escuela. El psiquismo humano es demasiado delicado para que se juegue con él como con un cerebro programado. No obstante es posible que ese religioso se vea un día frente a una evidencia: un amor ha nacido entre él y una persona (libre o no). Las condiciones pasadas del apostolado hacían raras esas eventualidades. Hoy no ocurre lo mismo.

La castidad religiosa debe educarse para poder mantenerse en tales situaciones. Por eso la atención debe recaer no tanto sobre lo que se ha llamado "pureza" como sobre la solidez del amor de Cristo y el cariño por el proyecto del que el celibato no es más que un elemento principal. Esta solidez es la que permite permanecer fiel a Cristo a pesar de las luchas, de los lazos difíciles de romper y aun de las faltas que pueden sobrevenir en ciertas situaciones. Porque, ¿son siempre deseables la huida o la ruptura violenta? , ¿solucionan así verdaderamente el problema? En tales aventuras no es el religioso sólo quien está en juego. Está también la otra persona a quien el religioso debe tener en cuenta para no deshacerla interiormente queriéndose salvar él mismo; esto sería una manera anticristiana de guardar la virtud de la castidad. Sobre todo porque necesariamente tendrán que compartir las responsabilidades en los hechos que condujeron al nacimiento de ese amor mutuo. Por otra parte, sería pueril creer que la vocación religiosa se encuentra necesariamente comprometida y que es el signo claro de que hay que pensar en el matrimonio, por el mero hecho de que el amor aparece. ¡Como si los religiosos tuvieran una castidad de mármol y como si el matrimonio representara la panacea universal para todas las crisis afectivas!

De ahí la necesidad de una visión de la castidad más realista y menos mítica que la que han transmitido con frecuencia nuestras tradiciones. La castidad religiosa es de esas cosas que llevan cicatrices y maduran en el crisol de la vida real. ¿Nos equivocamos al afirmar que en nuestro mundo actual no se puede mantener la fidelidad a ese celibato adulto si la motivación de la vida religiosa no se encuentra profundamente enraizada en el corazón y en la voluntad de cada uno? Si toda la atención se centra en el celibato, haciendo de él el único fundamento y el signo característico del proyecto religioso, el punto de apoyo de la vocación sería demasiado frágil para parar el golpe de las inevitables tempestades. O entonces se refugiaría en un celibato tan protegido que no atraerá a nadie. Al querer darle una importancia excesiva, como si fuera una joya aislada, se habrá secado el corazón y la vida; y eso no arregla nada. Es lo mismo que ocurre con la fidelidad conyugal en la que el lazo de los esposos es más sólido que la turbación que pueda producir el fenómeno de la presencia de otra mujer que agrada. El celibato representa únicamente una fibra esencial en el conjunto de elementos tejidos los unos con los otros. Sólo refiriéndole al proyecto que le justifica, se llegará a vivirlo en el riesgo que entraña el apostolado.

VI. El cambio social y el nuevo tipo de compromiso exigirá un nuevo modo de educar en la libertad, en la oración y en la vida fraternal de comunidad

Esto nos introduce en nuestro último punto de reflexión. El problema del porvenir de la vida religiosa residirá en gran parte en el éxito o en el fracaso de nuestra educación de la libertad. Nuestros dramas actuales y nuestros sufrimientos son un problema de libertad en la mayoría de los casos. Por un lado, la tenemos un miedo terrible: nos crispamos tras las balaustradas; por otro, abusamos, no sabiendo todavía cómo usar de ese maravilloso don que nuestro tiempo pone en nuestras manos. Sin embargo, nosotros no podemos ser nosotros mismos en el mundo que se abre, sino en la medida en que sepamos vivir evangélicamente el riesgo de la verdadera libertad.

La verdadera libertad no se confunde con la despreocupación de cada día que no guía ningún ideal o que no esclarece ningún imperativo apremiante, ni se confunde con el miedo a morder con audacia en el Evangelio por temor a encontrar una mancha de barro. Ello caracteriza la actitud del cristiano, hasta tal punto enraizado en el Evangelio, que puede, sin desviarse, avanzar más allá de las fronteras, pasar libre y sereno por medio de un mundo que le provoca pero que él sabe juzgar sin dejarse subyugar. Cuando uno se enraíza a una cierta profundidad, sabe instintivamente hasta dónde se puede correr el riesgo, sin que sea necesario atisbar siempre a través de los gemelos de las leyes y de las preocupaciones. Es necesaria una libertad que sea no de sumisión incondicional y ligera a las circunstancias, sino de dominio y de aplomo, que no sea la libertad del pajarillo que se deja llevar de todos los vientos, sino la del gavilán, capaz, si quiere, de volar contra el viento.

Debemos comprender mejor que los valores propiamente religiosos que marcan los rasgos principales de nuestro proyecto están ahí precisamente para afianzarnos progresivamente en el radicalismo del Evangelio. Si no damos este horizonte a dichos valores, los convertiremos ya sea en barreras que nos preserven, en nombre de una fidelidad friolera, de la audacia y el valor que el Señor pide a los que le siguen, ya sea en medios para tener la conciencia tranquila, persuadiéndose de que a pesar de todo ya se ha hecho mucho entregando sus sueños de riqueza, de gozo y de poder. Esto sería una caricatura. Los elementos esenciales de nuestro proyecto religioso quieren liberarnos de todo lo que en nosotros pueda ser obstáculo para el "ágape".

Para vivir eso, ¿cómo no sentir la necesidad de aprender de nuevo a orar? Porque sin una verdadera oración cada vez se hace más difícil mantenerse en una vida exigente en su opción profunda y a la vez continuamente orientada hacia el riesgo. La oración también debe inventarse nuevos cauces que le permitan regar verdaderamente la existencia. Sabemos cuánto preocupa hoy esta búsqueda a religiosos de toda categoría, desde los contemplativos hasta los más inmersos en la actividad.

La oración siempre tendrá necesidad de tiempo de recogimiento, de un poco de retiro que permita guardar sus distancias frente a lo inmediato y las presiones

del presente. Y es posible que el deseo de encontrar en ciertos momentos un hogar de verdadero silencio o una etapa de total soledad nazca cada vez más en muchos religiosos de vida intensamente apostólica. Aquí y allí aparece con fuerza esta sed de "hacer un alto"; y ella misma promueve la formación de casas de oración en Congregaciones a las que hubiéramos estado tentados de tildar de activistas.

Hay que reconocer, sin embargo, que en una sociedad como la nuestra en la que los seglares serios se interrogan profundamente, en la que los cristianos pretenden reflexionar el Evangelio y descubrir en él el sentido de su vida, y en una Iglesia que no ignora que Dios actúa fuera de sus fronteras, la Palabra de Dios no se encuentra simplemente en la meditación solitaria de los libros santos. Esa palabra se puede leer también en el verdadero compartir la vida con hombres y mujeres ávidos de ser ellos mismos y de comprender el sentido de su destino.

La oración del religioso de vida apostólica debe asumir esta dimensión. Si no, ¿cómo hacer la unidad de la existencia? Tiempo de retiro y tiempo para compartir . . .: el uno y el otro deben alimentarse. Si se olvida esto, se caería en una dicotomía entre el compromiso y la vida interior. Porque, o bien nos lanzamos con la cabeza baja en una mística puramente secular que no se juzga ya a la luz del Evangelio y que es como un entremés sin impacto real en la tarea cotidiana, o bien no somos en el trabajo más que ejecutores mecánicos en busca de un gana pan, porque pensamos que lo esencial de la vida religiosa no se encuentra asumido más que en los intervalos del tiempo de trabajo.

La aportación de la comunidad es irreemplazable sobre todo en los tiempos fuertes de los que ya hemos hablado y que son momentos de respiro. Una gran mirada espiritual se extiende sobre la magnitud de la obra de la gracia cuando se expresa ante los hermanos la manera de buscar y de unirse a Cristo en el cotidiano compartir de la vida con un grupo concreto de hombres y en una red particular de situaciones, y cuando se aprende de ellos la manera de hacerlo. Así se descubre mejor a aquel a "quien se sigue". Tanto es así que lo que la dispersión de tareas hace imposible —el apoyo mutuo en una tarea apostólica que se realiza en un mismo medio de trabajo y en relación con las mismas personas— queda compensado por este enriquecimiento mutuo nacido de la polivalencia de los encuentros con Cristo en la vida. El religioso que trabaja en un medio más cercano a los "poderosos" —el que pertenece a los cuadros— puede dejarse interpelar por su hermano que se encuentra más cerca de la condición de los otros. Si sabe ir hasta el corazón de la palabra recibida esta interpelación recae sobre la manera con que el Evangelio es aceptado o traicionado en la situación de la que él se hace inconsciente cómplice aunque nada más sea por un silencio demasiado político. La palabra de Dios que recae sobre su compromiso le es revelada por la complementariedad de la lectura personal de la situación y de la confrontación con el punto de vista de sus hermanos. La no-unanimidad, ver la oposición de pareceres en el interior de la misma fraternidad, son por el mismo hecho extremadamente fecundas; mucho más fecundas que el alistamiento de todos a una misma idea, bajo la presión de un lider. Una cierta unanimidad quita toda su sal a la experiencia comunitaria de la palabra de Dios.

Así somos conducidos a la comunidad por una suerte de movimiento natural. En el estilo nuevo que hemos descrito, la comunidad llega a ser, más aún que en

el pasado, el suelo que alimenta la vida religiosa apostólica. En el centro de los círculos más o menos extensos de su comunión con los hombres, ella representa el punto donde se concentra la experiencia evangélica en lo que ella tiene de más específico: la reconciliación en un amor que no viene solamente de la "carne y de la sangre", de la amistad humana, del mismo interés, del deseo de servir al mundo, sino del encuentro con Jesucristo. Ahí puede brotar en toda su verdad la savia evangélica porque se ha escogido libremente vivir como hermanos siguiendo juntos al Señor Jesús. Para realizarse en su naturaleza la fraternidad religiosa debe cesar de querer alinear codo a codo personas con miedo al enfrentamiento, al conflicto, al choque de puntos de vista. A una concepción uniformista de la unanimidad superficial, sin esperanzas de poder sobrevivir hoy, debe suceder una visión adulta del encuentro de personas diferentes, con ideas fuertes y bien asentadas, capaces de amarse profundamente y de ayudarse sin querer imponer esquemas comunes. Quien dice fraternidad o comunión no dice nivelación. Lo que la Iglesia pide a los religiosos no es que den ejemplo de un equipo de mentalidad homogénea —cosa que los otros cristianos viven muy bien— sino que muestren la posibilidad de un vivir juntos, aceptando al otro tal como el Señor se

lo da, y permaneciendo unido a él a pesar de todo lo que pueda separarle.

Todo esto exige mucho y quiere personalidades bastante firmes. En el pasado hemos sufrido una inflación del número de profesiones religiosas en relación con las verdaderas vocaciones y esto explica una gran porción de salidas masivas que conocemos y que por otra parte nos obliga a no alocarnos demasiado ante la crisis actual de ingresos. ¿Es normal que el Espíritu de Dios distribuya con tanta liberalidad el carisma de la vocación religiosa en la Iglesia católica romana? Habrían hecho falta sin duda ser más críticos en la aceptación de sus miembros. Es verdad que el problema de las obras propias ejercía en ello su influencia: era necesario encontrar mano de obra, maestros, enfermeras, para que las instituciones pudieran funcionar. Y a veces, antes que perder un excelente profesor, cuya vocación era dudosa, se prefería "ofrecerle una oportunidad" y se le admitía en la profesión definitiva. En el porvenir esto disminuiría y, después de una modificación de nuestras costumbres de reclutamiento o de nuestros métodos de formación, volveremos sin duda a lo que fue durante largo tiempo el caso en los orígenes de nuestras órdenes: pequeños puñados de cristianos fervorosos, entregados al Señor, más preocupados por la calidad de su testimonio que por el número de sus discípulos ¿Cuándo comprenderemos, pues, que la búsqueda del gran número va raramente a la par con el mantenimiento del dinamismo original?

Conclusión

¿Es necesario, pues, hablar del porvenir de la Vida Religiosa? nos parece que no damos rienda suelta a un plácido optimismo respondiendo afirmativamente a esta cuestión. Las formas deben cambiar, y más que las estructuras deben cambiar las formas de traducir en lo cotidiano lo que las iglesias han considerado como rasgos esenciales del proyecto del "seguimiento de Cristo". Hemos descrito rápidamente sólo algunos de estos cambios, que se presentan ya ante nuestros ojos. Pero el Espíritu de Dios —en la medida en que nosotros podemos prever su acción—, ¿cesará de sugerir a los hombres y mujeres, incluso comprometidos a fondo en la búsqueda del progreso y en la lucha por la liberación de las masas, la idea de centrar su vida personal en el reconocimiento de la prioridad de Dios sobre todas las cosas y de inscribir esta fe en su corazón, en su carne, en su instinto de posesión y de poderío?

Es posible que esos hombres y esas mujeres se hagan cada vez más raros, que estén dispersos en la masa humana como pequeños puñados de levadura arrojados aquí y allá. ¡Qué importa, si la luz del amor de Dios se desliza hasta lo más hondo del destino de los hombres!

HACIA UN NUEVO MODELO DE GOBIERNO EN LA VIDA RELIGIOSA

(Entrevista con la Ma. Camacho, Superiora General de las RR. del Sdo. Corazón realizada por A. Dall'Osto para la Revista "Religiosa de HOY" Feb. 3/74).

UN NUEVO MODELO DE AUTORIDAD.

Partiendo de la teología de la Iglesia y en particular, desde el descubrimiento de la colegialidad y de la función del Pueblo de Dios en la realidad eclesial, ¿cómo cree Ud. que debe concebirse el gobierno en la vida religiosa de hoy? Por consiguiente, qué cualidades debe tener y de qué modo deben manifestarse? ¿Qué falta por cambiar todavía?

Creo que con la nueva orientación, debe admitirse que el Espíritu Santo está presente en todos los miembros de la Comunidad y no solamente en la persona de la Superiora. Por esto es necesario comprender y vivir esta nueva realidad, de tal manera que, a su vez, deba cambiar la imagen de la persona investida de autoridad. Hoy el gobierno, en cuanto sea posible, debe ser ejercido en equipo y no solamente por las Consejeras, de tal modo que la base comprenda que se trata realmente de una búsqueda en común.

Este Equipo, además de ejercer la función de gobierno en la Comunidad, debe presentarse también como un grupo "peregrinante", esto es, formado por personas que no vivan con estabilidad en un determinado lugar, sino que visiten también otros países para adquirir un mayor conocimiento, una visión más concreta y por consiguiente, promover una reflexión más exacta sobre cuanto ha visto.

Sin duda, estas visitas deben tener como único objetivo la Comunidad, sin desechar sin embargo, el contacto con otras personas, para conocer su mentalidad y tener más amplia base de reflexión.

Las cualidades que deben manifestarse en el gobierno son por tanto, principalmente dos:
UN ESFUERZO POR PROMOVER LA COMUNION entre los miembros de las diversas comunidades y una actitud "PEREGRINANTE" que no se limite a un solo lugar de modo que permita un mayor discernimiento ecuménico.

Ud. me pregunta qué cosas deben cambiar. Creo que debe cambiar la imagen de la autoridad que todavía subsiste, vista exclusivamente en su dimensión vertical. Sin duda, debe existir una autoridad sobre quien recae la responsabilidad última, pero sin que esto perjudique al trabajo del Equipo.

Cuál es la función específica de la Superiora en el seno de este Equipo de gobierno, según la mentalidad de la comunidad del Instituto?

La función de la Superiora es sobre todo una función de comunión y de estímulo a la participación de todos los componentes del Equipo, ayudándole a dar lo mejor de sí mismo e integrando aquello que es fruto de la búsqueda de todos. De ahí que la Superiora deba suscitar y despertar, en una actitud de verdadera confianza, el sentido de la responsabilidad en todos, dando confianza y dando cuenta de lo que hace.

En nuestro Instituto, las decisiones más comunes son tomadas, cada vez más a nivel provincial. Nuestro papel a nivel general no es tomar decisiones definitivas, es más que todo animar y ayudar a discernir.

El modo concreto para realizar todo esto es tratar de crear en las diversas provincias un modo de gobierno análogo al General, aunque no del todo idéntico (puesto que el Equipo General tiene especialmente un papel de animación, de comunión, de solidaridad y de servicio entre los diversos países). Nosotros queremos llegar a que en cada Provincia existan Equipos Provinciales con la posibilidad de tomar decisiones con toda responsabilidad y según las necesidades del lugar.

Piensa Ud. que tiende a establecerse este nuevo modelo de autoridad o persisten todavía manifestaciones típicas del pasado?

Tengo la impresión que está madurando una nueva mentalidad hacia este nuevo modo de obrar. Es cierto, sin embargo, que la formación recibida ha sido distinta, por lo cual muchas veces en la práctica, recaemos todavía en la forma antigua, aunque pensemos con una mentalidad nueva. Esto de nuestra parte. Pero también en la base persisten manifestaciones características del antiguo modo de concebir la autoridad. Y esto sucede, cuando las Religiosas tienden a apoyar únicamente en las determinaciones o decisiones de la autoridad, como expresión definitiva de su elección, olvidando que la tarea esencial de la autoridad es más de animación y de orientación que de determinación.

FUNCIONES DEL SERVICIO.

Esta conversación nos lleva a hablar de otro aspecto muy importante; de LA AUTORIDAD COMO SERVICIO. ¿Cuáles son las actitudes que debe asumir la autoridad para que el ejercicio de ella llegue a ser realmente un SERVICIO?

La Superiora ha de ser consciente, en el cumplimiento de su misión, que para prestar un buen servicio, deber servir a la Comunidad, ayudándola a tomar las decisiones que corresponden a sus necesidades reales. De ahí y sobre todo, que deba escuchar mucho, mantenerse informada y no obrar guiada por "casos análogos"; así podrá ofrecer nuevas y diversas posibilidades de servicio.

Estoy convencida que la autoridad debe encontrar cada vez más su "modelo" no tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, la verdad está encarnada en algunas reglas muy fijas; en cambio, hoy nosotras buscamos contemplar a Cristo, para ponernos como El, no al servicio de las normas o leyes, sino de las personas.

Estimo, por tanto, que en este servicio de la autoridad, además de la actitud de escucha y de observación de la realidad, es importante el cultivo de una relacción constante con la persona y un diálogo con la comunidad.

Los Institutos Religiosos poseen todavía hoy muchas obras. Cree Ud. que el servicio de la autoridad debe preocuparse más del funcionamiento de estas obras, que de la persona de las Religiosas?

Nos encontramos en un momento de cambios de las instituciones. Vamos tendiendo hacia una vida religiosa más carismática, aunque existan aún muchas obras. Es muy importante que la autoridad tome conciencia de este cambio y que, en la medida de las posibilidades, dedique más atención a la formación constante de la persona, dejando a otros la responsabilidad del funcionamiento de las obras.

¿Cuál es el modo más adecuado para realizar una síntesis y una integración entre la persona y los principios de colegialidad y de responsabilidad en la comunidad religiosa?

Para llegar a una auténtica colegiabilidad, es importante darse cuenta que existe una verdadera responsabilidad en la persona. Sin este presupuesto, no puede haber corresponsabilidad. En un momento de formación, como es el nuestro, es necesario recordar a todos el deber de ayudarnos recíprocamente, para integrar nuestra personalidad y llegar a tener una mayor madurez en la fe y una actitud más abierta con los demás.

Los dos aspectos son correlativos entre sí. No basta el sentido de responsabilidad y la madurez personal; es importante también saber integrarse con los otros, en una auténtica colegialidad.

Evidentemente, es necesario que la persona crezca en una constante apertura, se abra cristianamente a muchos aspectos de la realidad que la rodea. Todo eso, mediante una formación continuada.

Al mismo tiempo, la vida de comunidad no puede ser concebida con un sentido de "uniformidad". Debe dar en cambio, más valor a los encuentros personales que a la multiplicidad de "actos uniformes".

¿Cuáles son entonces, los elementos que constituyen una COMUNIDAD-COMUNION? En otro tiempo se pensaba que fuese el mismo horario, el mismo trabajo, etc.

Creo que un factor "esencial" sea la integración de los miembros en la fe, que le ayude a vivir la propia vocación a la pobreza, a la amistad, a la caridad y a la apertura hacia los demás.

Yo concibo mejor la comunidad como "lugar de encuentro de calidad" que permita a las personas dar su respuesta en la fe y servir a sus hermanos; por tanto, no en el cumplimiento de "actos uniformes". A este fin, sirven mucho las reflexiones y las evaluaciones hechas en común.

¿Es posible por consiguiente, según Ud., una comunidad religiosa en la cual las Hermanas realicen su misión en tiempos y en lugares diferentes, pero que logren encontrarse juntas más que en sus trabajos, en momentos de fe, de reflexión y de amistad?

Pienso que la vida religiosa no haya sido hecha en sí misma, sino en orden a prestar un servicio en el mundo. Cada vez en mayor escala, surge la necesidad de asumir trabajos diversos y con horarios diversos. No creo absolutamente que la vida religiosa moderna deba estar preocupada por la "uniformidad".

Es necesario por tanto, una formación de "tipo nuevo" que prepare a este estado de cosas y a las nuevas exigencias del mundo de hoy. Debe anotarse que esto requiere también un espíritu religioso de mayor nivel y profundidad.

EDUCAR A LA RESPONSABILIDAD.

Volvamos ahora al hilo de la conversación iniciada en la primera pregunta. Otro principio afirmado, además del de la COLEGIALIDAD, es el de la SUBSIDARIEDAD. ¿En qué forma puede lograrse ésta, sea en relación de la autoridad inferior con la superior, sea a nivel de comunidad local, por ejemplo, entre una simple Hermana a quien se le ha confiado un encargo, y su Superiora?

Si se realiza una auténtica SUBSIDARIEDAD, es necesario tener una gran confianza en las personas, una gran apertura hacia los demás y la sincera convicción que no debemos realizar nosotros lo que ha sido confiado a otros.

En estos momentos de transición, me parece muy importante un cambio de perspectiva; no es necesario mirar tanto la eficacia externa de la obra en sí misma, como la valorización de las personas y su crecimiento. Es necesario un respeto a la responsabilidad de cada una de las personas y creer que son capaces de asumir los riesgos y de superar las dificultades que se presenten.

Y qué opina Ud. de ciertas Superioras que antes de tomar cualquier decisión recurren siempre a la autoridad mayor, o bien de aquellas simples Hermanas que en su trabajo, no hacen nada, sin antes haber consultado el parecer de la Superiora y tener así una justificación de su manera de obrar?

Se trata de una actitud de infantilismo. Es necesario tener paciencia si están todavía en un estado como éste. Pero lo importante es la actitud de la Superiora ante este infantilismo. A ella corresponde ayudar a la Hermana para que adquiera una nueva mentalidad.

Cuando una persona recurre a la autoridad mayor, saltando la autoridad intermedia, creo que la autoridad mayor debe ayudar a esta persona para entrar en diálogo con la autoridad intermedia y no resolver ella el problema.

Cuando se descubre además, que con este modo de obrar, la persona busca una seguridad, volviendo continuamente donde la misma Superiora, es necesario convencerla, mediante el diálogo y la confianza, que es a ella a quien corresponde responsabilizarse y tomar una decisión.

Precisamente hoy se dice que la tarea principal del Superior, es pastoral más que organizativa; es decir, como habíamos dicho antes, tarea de animación en función de una mayor fidelidad al Evangelio y al carisma del Instituo. ¿De qué modo puede esto realizarse?

Este cambio hacia unta tarea del Superior más pastoral que administrativa es de suma importancia. Por eso mismo, el Superior, la Superiora, deben darse cuenta que no se puede animar a los demás, sino en la medida en que se viven determinados valores. Por eso, el Superior debe vivir primero el verdadero sentido del Evangelio y preguntarse qué significa Cristo para él, HOY. Solamente con este ejemplo vivido, lo que dice tendrá influencia en la Comunidad.

Creo que en esta búsqueda de profundizar el Evangelio, el Superior no deba ir solo sino con su Equipo, a nivel comunitario. Tiene que hacer comprender a la comunidad la diferencia que hay entre el "decir" y el "vivir" realmente la palabra de Dios, de modo concreto en el mundo de hoy. Además debe educar a los hermanos de modo que sepan iluminar con la palabra de Dios, los acontecimientos de la vida diaria. Es absolutamente necesario encarnar más estos hechos en la vida religiosa.

Lógicamente, los Superiores deben saber escoger bien las personas capaces de animar la Comunidad.

En relación con esta tarea de animación, ¿Ud. cree que sea importante organizar frecuentemente encuentros a nivel de Comunidad y del Instituto? En verdad, ya existen los Capítulos, pero éstos se realizan cada seis o cada tres años. No sería el caso de pensar en otras reuniones intermedias, como conferencias, consultas, etc.?

Creo que sean posibles estos encuentros, con la condición de que estén bien preparados, y al mismo tiempo estén de tal manera orientados que se realicen en un clima de auténtica libertad de expresión. Además, si estos encuentros se realizan, es bueno que la participación sea numerosa dada la facilidad que existe hoy para los viajes. Cuanto mayor sea el número es mejor, porque esto favorece un recíproco enriquecimiento.

El clima que debe reinar en estos encuentros, debe ser más que todo, de búsqueda en la libertad". Otro factor muy importante es que los miembros que han tomado parte, una vez de regreso a sus respectivas comunidades, comuniquen sus experiencias a las demás, de modo que todo este movimiento no permanezca circunscrito a un pequeño círculo de privilegiados.

Esto que Ud. dice vale para todo el conjunto del Instituto. ¿Es posible hacer algo similar también a nivel de comunidad local, organizando frecuentes encuentros de diálogo y de escucha de la palabra de Dios?

Creo necesario que la comunidad tenga frecuentes ocasiones de encuentro con el fin de reflexionar sobre los acontecimientos del mundo a la luz de la Palabra de Dios, para intercambiar experiencias y confirmarse recíprocamente en la fe.

El modo concreto de hacerlo depende mucho de los miembros de la Comunidad. Pero es claro que "no existiría comunidad, en el verdadero sentido de la palabra, allí donde no hubiera encuentros en profundidad".

DE LAS PERSONAS.

Se sabe que la capacidad de intercambio con los demás está en proporción de la madurez de las personas. Nuestra conversación vuelve de nuevo al punto anterior. ¿Qué debe hacerse para que las personas vayan hacia esa madurez?

Es importante, sin duda, de parte de cada religiosa una mayor madurez. El factor que más ayuda a formar y a crecer en esta madurez, es responsabilizar a las personas, teniendo en cuenta las posibilidades de cada cual. Por eso se requiere un esfuerzo para descubrir las posibilidades de cada una.

Es de suma importancia educar para la libertad de expresión, dado que hay personas que se sienten inhibidas. Creo que un clima de libertad de expresión da oportunidad de descubrir cualidades en las otras, favorezca el encuentro recíproco e incremente relaciones mutuas y favorezca la madurez.

Pueden existir también divergencias de opinión, pero la fe debe estar siempre presente como apertura a Dios.

Por consiguiente, es muy importante favorecer una formación humana, personal y comunitaria, poniendo en la base de esta formación, una espiritualidad cristocéntrica y bíblica y no una espiritualidad basada en el moralismo. Otro punto importante en la formación, es ayudar a la persona en el logro de una integridad afectiva.

En otro tiempo, se cambiaba los Religiosos y Religiosas de casa o de oficio sin consultárseles, y se justificaba este modo de obrar apelando a la obediencia. ¿Cree que este método sea aceptable todavía?

El Superior debe ayudar a la persona a tomar una decisión con plena aceptación de su parte y no simplemente porque se le ha impuesto. Esto supone diálogo y apertura, para no correr el riesgo de instrumentalizar a las personas. Es necesario escuchar al interesado, para llegar juntos a un verdadero discernimiento de la voluntad de Dios. Me parece importante, sea para la persona en sí, sea en orden a un servicio más eficaz

A veces resulta difícil armonizar las inclinaciones de las personas con las exigencias de las obras. Si la persona debe estar "disponible" en una actitud de fe, se la puede instrumentalizar en función de las obras. ¿Cómo es posible integrar estas dos exigencias?

Las estructuras de otros tiempos muchas veces llegaban a instrumentalizar a las personas. Hoy se trata de tener un mayor respeto hacia las personas y aceptar las consecuencias que se deriven de ello.

Debo llamar la atención sobre diferentes aspectos que considero importantes: saber que la persona debe estar abierta al espíritu del carisma: saber que ella, partiendo del carisma general de la Congregación, está llamada por Dios a realizarlo de modo personal; saber que este carisma es ejercitado por el bien común.

Por tanto, el modo concreto de ayudar a las personas es el discernimiento, es decir, buscar establecer con el diálogo, lo que Dios quiera de cada una. El diálogo debe basarse sobre dos elementos importantes: el conocimiento de la situación concreta en que una persona se encuentra; y conocimiento de las posibilidades concretas de la persona misma. Con este modo de proceder, la persona tiene la posibilidad de obrar con mayor libertad y sinceridad. De ahí, que no se debe utilizar a las personas dando más importancia a su trabajo o a los resultados que a ellas; además no emplear a las personas allí donde no exista una verdadera necesidad.

¿Y qué piensa Ud. de los continuos cambios de las personas, siempre en función de la eficacia de las obras? ¿No cree que estos continuos cambios acaban haciendo daño a las personas y a la comunidad?

Pienso que es necesario entrar más en la visión de la persona humana y de su madurez. Es verdad que los tres Votos se hacen en un estado de disponibilidad, pero esta disponibilidad no se pide solamente a quien debe obedecer, sino también al que manda. Por consiguiente, hay que tener en cuenta dos cosas: la necesidad real (o verdadera) de los cambios y las posibilidades concretas de la persona.

Hoy, una de las necesidades principales de las comunidades es la de construirse como comunión fraterna. Tarea difícil que requiere tiempo y paciencia. Ahora bien, si una Comunidad ha logrado realmente llegar a ser una COMUNION, hay que estar muy atento para no cambiar las personas sino en caso de necesidad. De hecho, la comunidad fraterna no se crea en un día pero sí puede destruirse en un momento. ¿Cuál es su pensamiento al respecto?

Uno de los principales deberes de la Superiora, es, como dice Ud., darse cuenta de la comunión fraterna existente en una comunidad. Antes de enviar a una persona a otra Comunidad o a integrar otro grupo, debe preguntarse si vale la pena sacrificar la fraternidad alcanzada por esta persona en el primer grupo, dado que el crecimiento de la persona depende muchísimo del grupo y dado que esto no es fácilmente realizable.

Por otra parte, una vez que una comunidad ha logrado su integración y su madurez, debería ser capaz de aceptar a otros miembros y tener la fuerza también, de separarse de ellos si se presenta el caso.

En algunos Institutos se ha establecido la costumbre, antes de cambiar a un religioso, de consultar a las dos comunidades: aquella de donde sale y aquella a donde llega. ¿Considera Ud. positivo este método?

Pienso que este modo de proceder pueda ser muy positivo, a condición de que ello se realice en la sinceridad y en la lealtad. Eso ayuda a la Comunidad a recibir con responsabilidad y conscientemente al nuevo miembro y éste se inserta en su nueva comunidad de un modo más vivo y concreto.

EXPERIMENTACIONES Y COMUNIDAD.

En un período de búsqueda como es el nuestro, existen hoy muchos religiosos y religiosas que piden a sus Superiores y a su comunidad, poder hacer algunas experiencias. ¿Cómo le parece a Ud. que debe comportarse la autoridad?

La función del Superior es la de favorecer y la de acompañar a la persona en esta nueva experiencia y hay diversos modos concretos de ayudarla: la primera es la de proponer, en la reflexión, las nuevas tareas sugeridas por la necesidad, puesto que es función del Superior dar a la Comunidad las nuevas orientaciones; otra es la de ayudar a la persona para que si asume la responsabilidad de una nueva experiencia, lo haga con seriedad y con lealtad. En algunos casos, me parece oportuno que se establezca con anticipación la duración de la experiencia fijando modos concretos de evaluar juntos después, los resultados.

No todas las experiencias tienen el mismo valor. Algunas pueden servir para madurar a la persona. Otras son más bien proféticas, que plantean más interrogantes: en este caso, es necesario que la Superiora no se limite a un apoyo personal sino que haga partícipe de él a toda la Comunidad.

Muchas obras tradicionales de las Religiosas —hospitales, escuelas, etc.— están en crisis. Por otra parte, la Iglesia llama a las Religiosas, cada vez en mayor grado, a nuevas tareas en el campo pastoral: parroquias, catequesis, etc. ¿Piensa Ud. que las Religiosas deban abrirse y acudir a estos nuevos llamamientos?

Pienso que sí deben abrirse y orientarse hacia estos campos. De hecho se trata de necesidades concretas y no de imaginaciones. Por otra parte, la vida evoluciona y tantas obras que un tiempo considerábamos como típicamente nuestras, hoy se confían a los laicos debido al desarrollo de la sociedad. Por tanto, debemos responder a los nuevos llamados que los tiempos exigen.

De ahí que la Superiora deba ayudar a las Hermanas a discernir si aquello que quieren viene verdaderamente del Espíritu. Debe comprender además, que esta apertura es hoy necesaria y es una exigencia de los tiempos.

Todo eso exige un nuevo tipo de formación. De hecho, no se pueden asumir estas tareas sin una preparación adecuada.

Esa referencia que hace Ud. a una nueva formación me parece importantísima, aún también porque las Hermanas van al encuentro de un servicio a los más pobres. Es fácil caer en la tentación de crear nuevas injusticias en nombre de la justicia. Es necesario por tanto, garantizar una formación equilibrada, teniendo en cuenta que hay una formación que nace de la vida misma.

En estos últimos tiempos se han propuesto también pequeñas Comunidades insertas en el ambiente, sin Superiora, para subrayar el sentido de la corresponsabilidad. Ud. ¿qué piensa sobre eso?

Sin duda pueden existir también estas comunidades sin superioras, en sentido estricto, donde haya una persona que mantiene la comunión, inspirando en todas el sentido de la corresponsabilidad. Esta corresponsabilidad estaría favorecida precisamente por el hecho que no hay una verdadera superiora.

Pero también donde hay Superiora, es importante que ésta se sienta como una de las otras y tenga el único deseo de compartir la responsabilidad con sus hermanas.

¿Y Ud. conoce alguna de estas Comunidades?

Sí, conozco algunas de estas comunidades compuestas por grupos pequeños y donde todas buscan sentirse corresponsables. Además, conozco otras donde hay Superiora, pero se trata de una superiora en el nuevo sentido

En numerosas comunidades se notan situaciones de conflicto, debido a la diferencia de edades, ideas, concepciones del "aggiornamento", etc. ¿Cree Ud. que sea posible vivir juntas lo mismo, dentro de un sano pluralismo, o más bien, que sea conveniente formar comunidades separadas, por categorías?

Es necesario que exista un diálogo de entendimiento en la Comunidad. Pienso que ante todo, los miembros deben sentirse unidos en la fe y no tanto en las ideas. Donde hay grupos de personas jóvenes y adultas, es fácil que haya una confrontación de ideas, de modos de ver y de juzgar las cosas. Pero todo este diálogo debe inspirarse en la fe y en la apertura y no solamente en las miras humanas. Es necesario por tanto, que estos grupos sepan vivir su diversidad en un diálogo basado en la madurez de la fe.

Una última pregunta: Vivimos en un momento de crisis. Muchos religiosos y religiosas o no se hallan ya a gusto dentro del esquema tradicional de la vida religiosa, o piden salir. ¿Cuál es la actitud que debe asumirse hacia estos religiosos?

Los casos son muy diversos. Hay religiosas sobre todo, que han perdido el sentido de su vida. Creo que en este caso se las deba ayudar personalmente o

sugerirles se dejen ayudar favoreciendo un diálogo franco, concreto, de confianza, de persona a persona.

Otras veces, se trata de personas que se sienten fuera de lugar en la Comunidad porque en ésta no existe una verdadera búsqueda. Es necesario entonces, ayudarles a descubrir los motivos profundos de su consagración, teniendo en cuenta que fuera también hay muchas personas que sufren incomodidad por estas mismas razones.

En caso de una verdadera crisis vocacional, debe ayudarse a las personas en su evolución interior.

Quienes piensan que ya no tienen vocación, deben ser ayudadas para liberarse de la estructura que habían abrazado haciéndoles comprender que lo más importante es el encuentro con Cristo donde quiera que esté.

Finalmente, con quienes han dejado la vida religiosa, es importante mantener un contacto humano v de amistad, ayudándoles aún materialmente, de modo que puedan de nuevo insertarse en la vida.

Hna. Lucía de Guzmán, RSCJ.
Tradujo del Italiano.

LA DES-ILUSION

La des-ilusión es una derrota espiritual. Al desilusionado nos lo imaginamos con los brazos caídos, con el paso cansón, con la mirada triste. Es la estampa clásica del "viejo" aplastado por la vida. Al des-ilusionado le ha faltado energía espiritual para triunfar de los obstáculos que la vida le ha ido presentando y ha caído derrotado.

El des-ilusionado ha dejado de mirar hacia adelante y se ha replegado sobre sí mismo: Esto es lo grave; porque cerrarse sobre sí mismo es morir. Sobre todo cuando ese "sí-mismo" es el símismo" de un des-ilusionado. Ese mundo sobre el que se cierra es un mundo pobre, sin horizonte, sin riqueza interior, sin tesoros escondidos que puedan compensar la pérdida de lo que hay "más allá".

"Harto me he matado. Para qué más" A este pobre ser humano se le cayeron los brazos; no siente en sí mismo la energía suficiente para seguir luchando; sobre todo no la siente para seguir "dándose". La gravedad de su situación psíquica está precisamente ahí: ¡Ya no puede darse!

EL DARSE

El "darse" es un gozoso derrochar energías sin cálculos ni medidas. Y no deja de tener misterio que en eso está precisamente la felicidad. En cambio en el cálculo de quien ya no ve motivo para ese derroche se encuentra la frialdad de la muerte . . . No deja de tener misterio esto. Porque para una mirada "racional" parece que debería suceder todo lo contrario. Y no es así:

La mamá "que ama" se entrega sin término ni medida; sin tiempo ni espacio que la constriña: Se da siempre y se da cantando (así recuerdo yo a mi propia mamá. Cantando, siempre, cantando con 12 hijos! y otras añadiduras no ciertamente pequeñas. ¡Y cantando siempre!). Detrás de ese canto está EL AMOR.

La religiosa esa que se pasa todo el día y la noche atendiendo a los enfermos; la otra que no mide las horas que entrega a la juventud que la solicita siempre, porque ve en ella un misterio de vida y de alegría, son otra fuente de un gozo perenne.

Ayer volvía yo a la ciudad y ví este espectáculo: Un papá dejó un carro destartalado al lado de la carretera y saltó lleno de ilusión al campo seguido de tres hijitos retozones y bulliciosos. Mandé detener el carro, para contemplar el espectáculo tan extraño en este mundo tecnificado. En el corazón de aquel hombre brincaba una ilusión: A los quinientos metros se echó sobre la hierba fresca, mientras los tres hijos se agolparon sobre él riendo y besándolo . . . En cambio se oye decir a otras personas:

"Harto me he matado" ¿Para qué más? "¡Ya no sé sufrir esas bobadas de cada día! Todo me cansa; todo me aburre; todo se me amarga; los hombres no merecen que les dedique mis energías; a mi entrega respondieron siempre con ingratitudes. ¿Qué he sacado de tanto sacrificio? Indiferencia y rechazo. ¡Basta ya, pues!"

¿Dónde se esconderá el misterioso resorte que hace que dos seres humanos respondan a la vida de dos maneras tan distintas? ¿Quién podrá manejar ese resorte?

Parece que el resorte ése misterioso, tiene que ver con el amor. Pero aún cabe la pregunta: ¿Por qué un ser humano responde siempre con amor y otro llega a sentir seca la misteriosa fuente del amor?

Una esposa llega al Consultorio: "Yo conocí a ese hombre, le amé, me entregué a él; le hubiera servido aunque hubiera sido leproso . . . ¡y me ha hecho traición! . . . ¡Y de sus mejillas brotan unas lágrimas de muerte! . . . Otra esposa llega también al Consultorio: "¡Mi esposo es el hombre más mujeriego del mundo, pero yo le sigo amando! ¡No me canso de servirle y de agasajarlo! . . .

Una religiosa llega con su cuita profunda: "No siento interés por nada; todo me da igual; sólo de pensar en la oración, siento un gran hastío. En mi oficio veo que muchas cosas dependen de mí pero no siento la energía necesaria para remediarlas o resolverlas; todo me da igual" . . .

EGOISMO

La fuente más honda de la energía psíquica se secó y detrás se terminaron las energías corporales: Los brazos se caen, las piernas no obedecen; el cuerpo yace inclinado sobre una silla y la mirada vaga sin objeto fijo: ¿Por qué se secó esa fuente?

La historia de esta persona tal vez nos permita echar una mirada y averiguar algo del misterio:

Es una persona cerrada sobre sí misma; buscaba en todo alguna ventaja propia. Pero ese egoísmo es tan sutil que en su conciencia sólo aparecen los sacrificios que se impone por la comunidad. Si una "obediencia" choca con el logro de esa ventaja, para ella misma o para los suyos (para sus familiares), la reacción será siempre de rebeldía, de no aceptación; de protesta, no de colaboración. Ese secreto "egoísmo" le impide madurar en la aceptación de la voluntad de Dios, manifestada por las órdenes de sus superioras; cada orden la aleja más de la docilidad que engendra la aceptación y la alegría y la va sumiendo en el resentimiento.

A esto se suma otra actitud peligrosa: Es una religiosa sin estudios, dedicada a los oficios manuales de la casa, en particular a la cocina. Se dejó contagiar de ese ambiente que ha invadido todos los conventos de religiosos: Los oficios "bajos" ya no encuentran quienes los ejerciten con sencillez y amor, porque los creen humillantes; las religiosas dedicadas a los oficios manuales se han sentido humilladas, porque algunas de sus Hermanas han hecho los estudios universitarios; los religiosos antes llamados "legos" han creído que su papel en la comunidad era deshonroso comparado con los títulos académicos de sus hermanos. Esto ha trastornado y envenenado la vida de muchos y muchas. Ha constituído un "signo de nuestros tiempos"; pero un signo de desequilibrio psíquico. Está bien, y hasta muy bien, el empeño en estudiar y de prepararse de este modo al apostolado. Pero ese trastorno psíquico en muchos y muchas no ha sido otra cosa que la invasión del alma por el sentimiento de inferioridad, preñado de inquietud desasosegada y padre de resentimientos y amarguras. Ha sido una envidia de honores ajenos, de gloria humana, que no ha producido la paz, ni la felicidad, sino el resentimiento y la humillación corrosivas. De muchas almas huyó la simple alegría de los santos y apareció un desequilibrio que los llevó a la claudicación y a la muerte. Muchos y muchas huyeron cobardemente para ir a encontrar en otras partes un equilibrio que ya no volverá a sus almas.

MAS ALLA DE LAS COSAS

De lo dicho aparece patente el secreto resorte que llevó a esas almas a la DES-ILUSION: y el "egoísmo" les impidió el paso hacia la generosidad; secó la fuente de la alegría; hizo que se enroscaran sobre sí mismas y allí encontraran la muerte, porque "el ser humano vive por la transcendencia", esto es, si quiere vivir una vida auténticamente humana, tiene que salir de sí mismo, olvidarse de sí e

ir a buscar su salvación fuera: Primero ahí, a su lado, en sus hermanos; darse a ellos sin límite y sin medida; derrochar sus energías en servirles. Y después en Dios, en la auténtica transcendencia, que confiera sentido a la entrega a los hermanos para salvarse los dos en Dios.

Todo lo que contribuye a cerrar a un ser humano sobre sí mismo, lo va arrastrando hacia la muerte. El hombre no puede encontrar la salvación en sí mismo, porque ontológicamente él no es nada. Pero se salva y resulta algo admirable, asombrosamente grande, cuando se transciende, cuando espera la salvación de otro, que en realidad no puede ser más que EL OTRO, DIOS.

Pero el movimiento que lleva a innumerables seres humanos a cerrarse sobre sí mismo y a empezar el camino de su destrucción es imperceptible, el inconsciente, es sutil y está inspirado por el "egoísmo", por la vanidad, por el orgullo; estos sentimientos lo llevan finalmente a no aceptar sus limitaciones, a asustarse de su nada y a procurar encontrarle remedio donde no está, en la vanidad, en ser como los demás ficticiamente, en imitar sus poses mentirosas e hipócritas, en subir, en aparecer. Nunca en ser, en aceptar su pobreza innata, profunda, sustancial, óntica. Este nada, en sí misma, es desesperación, pero mirada en la perspectiva de Dios, esto es, en una perspectiva que espera plenitud y redención, es aceptación gozosa que recibe plenitud de AQUEL que realmente es el SOLO SEÑOR, EL SOLO SANTO, el SOLO LLENO, porque es EL SOLO INFINITO.

Notas para una reflexión sobre el carisma fundacional
—Desafío permanente de identidad—

Es indudable que estamos viviendo la sorpresa de un nuevo Pentecostés. Sorpresa que para muchos puede ser mera curiosidad, pero que para otros es verdadero acontecimiento de dimensiones cósmicas. El Espíritu llena la faz de la tierra, garantiza la santidad que es la vida de la Iglesia (Cfr LG 39 s.) y otorga a las normas inspiración existencial haciéndolas flexibles y resistentes. Con sus carismas y sus dones, el Espíritu va anticipando el Reino de Dios en nuestro mundo.

La experiencia íntima y profunda de Dios que han vivido y comunicado los fundadores de las Ordenes y Congregaciones religiosas, es un carisma singular cuya pervivencia queda en manos de quienes nos comprometemos a continuar su obra. (Cfr. Vida según el Espíritu, Clar 14, p. 19 s.)

Cuando el Vaticano II (PC 2) nos instó a buscar la renovación en un retorno a las fuentes y en una adaptación a los tiempos actuales, no hizo otra cosa que colocarnos ante el más desafiante compromiso. Ni la añoranza del pasado ni la exaltación frenética del presente y del futuro dan seguridad a una vocación que se cumple. La vinculación al pasado y la osadía para roturar el futuro exigen tanta inspiración como equilibrio. El retorno a las fuentes nos hace ser tan firmes como lúcidos para no traicionar la fidelidad al Espíritu vivida por los fundadores. Aquí se cifra lo mejor de su herencia. Saber desprender de todo su lastre pasajero la experiencia del Espíritu con que ellos enriquecieron a la Iglesia es labor de dura entrega y de convicciones profundas. Afortunadamente el estudio de la historia está tomando para nosotros sus verdaderas dimensiones: asistimos con sorpresa al descubrimiento de la novedad y justeza con que los fundadores vivieron el Evangelio precisamente en el carisma que nos legaron. En él se alberga la fuerza y la inspiración necesarias para encarnar el Evangelio en nuestras vidas. Nuestro presente y nuestro futuro encajan en la historia, no precisamente por sus humores repentinos y sus entusiasmos alocados, sino por la maestría con que imprimimos toda nuestra vitalidad al carisma fundacional, fuente de dinamismo constante en la Iglesia.

Es aquí donde se imponen los más duros esfuerzos, para evitar que nuestra renovación, llena de las mejores intenciones comunitarias en todos los niveles, aún intercongregacionales, termine por degenerar en un contagio tan estéril como clamoroso. Tenemos que descubrir todos los días, con absoluta precisión, qué es lo que a cada uno, personal y comunitariamente, nos permite ser una riqueza del Reino, de contornos definidos y oportunos.

Por eso a *cada uno* le toca observar en su interior la forma como llega a vivir su carisma y cuál es su fidelidad al Espíritu. De igual manera, *la comunidad* debe reflexionar incesantemente y en forma muy viva cómo está respondiendo a las llamadas del Espíritu dentro de una línea de continuidad en su peregrinar hacia

el Reino. Sólo el estudio renovado de la historia, de la teología y de la espiritualidad nos permitirán, a nosotros religiosos, vivir la fidelidad al carisma, gracias al cual nuestra vida tiene significado.

La *dirección espiritual* (vida según el Espíritu) que el fundador imprimió a su vida y a su comunidad, debe justificar la Institución mientras ella exista. El retorno constante a las fuentes y la adaptación siempre creativa a nosotros y a nuestro mundo, serán la única garantía de que nacimos para perpetuar un *don*, y no para ser sepultureros.

Santa Teresa, con su fino instinto de renovación, se permitió darnos este aviso como recordatorio de una de sus últimas fundaciones: "pongan siempre los ojos en la casta de donde venimos . . . Ahora comenzamos y procuren ir comenzando siempre." (Fundaciones 29, 32-33). Ella sabía muy bien que en todo comienzo hay frescor, atrevimiento, inspiración y sobre todo derroche de entrega. Volver a las fuentes es experimentar el temblor de lo que nace, prodigarle nuestra devoción y volcar allí toda nuestra capacidad de entusiasmo sorprendido.

El Espíritu, que nos espera siempre en la mañana de nuestra vida, nos imprime el ímpetu que necesitamos para vivir la vocación siempre nueva del amor, hasta el punto de que amamos a Dios "por el Espíritu Santo, como el Padre y el Hijo se aman". (San Juan de la Cruz, Llama 3, 82). Es esta la razón que nos permite ostentar el título de carismáticos por excelencia. Y es aquí donde la vida religiosa adquiere sentido como radicalidad del Evangelio.

Hernando Uribe ocd

Impreso en Editorial Pax — Bogotá